

EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE FILOSOFÍA

ESTUDIANTE : ILEANA HOYOS ESCOBAR  
TÍTULO : LA CONTENCIÓN DEL CAMBIO  
CUALITATIVO ...

CALIFICACIÓN

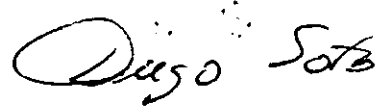
**APROBADO**



Harold Valencia López  
Asesor



Hernán Martínez Ferro  
Jurado



Diego Soto Isaza  
Jurado

Fecha: Martes 23 de febrero de 1999

**LA CONTENCIÓN DEL CAMBIO CUALITATIVO EN LA SOCIEDAD  
INDUSTRIAL AVANZADA  
(UN ANÁLISIS DESDE LA TEORÍA CRÍTICA DE LA  
SOCIEDAD DE *HERBERT MARCUSE*)**

**YLEANA HOYOS**

||

**Trabajo de Grado para optar al  
Título de Filósofo.**

**Asesor**

**HAROLD VALENCIA LÓPEZ**

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE FILOSOFIA.  
CARTAGENA DE INDIAS, D. T. H. Y C.  
1999**

30986

3

T.  
191.08997  
H867

77

*A la memoria de Renzo*

CENIRO	
Cont.	Conju
Precio	Proveed
No. de An	35982
	09 04 99

*Programa de Filosofía*

**CONTENIDO**

	pág.
<b>INTRODUCCION.</b>	<b>4</b>
<b>I. COMO LA SOCIEDAD INDUSTRIAL AVANZADA CONTIENE EL CAMBIO CUALITATIVO.</b>	<b>7</b>
<b>II. COMO ENTIENDE MARCUSE EL CAMBIO CUALITATIVO.</b>	<b>30</b>
<b>III. CONCLUSION.</b>	<b>48</b>
<b>BIBLIOGRAFIA.</b>	<b>69</b>

## INTRODUCCION

El presente trabajo tiene por objeto desarrollar la idea de "La contención del cambio cualitativo en la sociedad industrial avanzada" expuesta por *Herbert Marcuse* en su ensayo titulado "El Hombre Unidimensional". En la primera parte (I) se explica cómo la sociedad industrial se encarga de contener el cambio cualitativo y en la segunda (II) se especifica cómo entiende *Marcuse* dicho cambio. Este orden obedece al hecho de que *Marcuse* analiza primero lo que está funcionando mal en la sociedad industrial, es decir, aquello que debe ser corregido o erradicado en la misma para luego sí presentar lo que a su juicio sería un posible correctivo al mal funcionamiento de dicha sociedad, este es, *el cambio cualitativo* de ésta. El análisis de este autor se centra en la sociedad industrial altamente desarrollada y ésta hace referencia a la sociedad norteamericana, los Estados Unidos. Es preciso tener en cuenta que dicho análisis es hecho a finales de los años sesenta, por lo tanto muchas críticas hechas en él encuentran su correspondencia en dicho contexto histórico y otras tienen aún vigencia en la actualidad.

La idea del cambio cualitativo de la sociedad surge como una reacción ante el estado de cosas existente en la sociedad industrial, en él se presenta una productividad destructiva y represiva que unida al aparato político convierte a la sociedad capitalista contemporánea en un sistema totalitario que controla y administra tanto la vida pública como la vida privada de sus miembros. El cambio cualitativo de la sociedad industrial surge como un proyecto alternativo, una alternativa histórica, frente al proyecto desarrollado por el

sistema social establecido, parte del juicio de valor según el cual en la sociedad existen medios materiales e intelectuales que posibilitarían el mejoramiento de la existencia humana a lo que *Marcuse* denomina << *La Pacificación de la existencia* >>.

El cambio cualitativo es un proyecto en el sentido de que se presenta como una alternativa, entre otras posibles, para comprender, organizar y transformar la realidad de un modo distinto al establecido. La verdad objetiva de este proyecto, y de otros, se mide con base en dos criterios:

1. Dicho proyecto debe concordar con las posibilidades abiertas y con los recursos materiales e intelectuales disponibles en la sociedad, y
2. Debe refutar la realidad establecida demostrando su propia racionalidad en un triple sentido: debe mostrar la tendencia a preservar y mejorar los logros alcanzados con la producción, debe definir la realidad establecida en sus propios términos (estructuras, tendencias, relaciones), y su realización debe mostrar su mayor inclinación al logro de la pacificación de la existencia dentro del marco institucional que ofrece mayores oportunidades de desarrollar libremente las necesidades y las facultades humanas.

Con frecuencia se ha señalado que el cambio cualitativo de la sociedad industrial avanzada es un proyecto ideal y utópico, es decir, irrealizable, pues nunca se ha verificado en la realidad. Al respecto *Marcuse* anota que la irrealizabilidad de este proyecto se basa en que su realización ha sido frenada y obstaculizada por fuerzas y movimientos opuestos a dicho proyecto y a la ausencia de ciertos factores objetivos y subjetivos.

En este sentido el autor de "El Hombre Unidimensional" observa dos tendencias presentes en la sociedad industrial avanzada: Una es que esta

sociedad posee la capacidad de contener la realización de un cambio cualitativo, y la otra es que en ella se presentan fuerzas que buscan detener esa contención y así hacer estallar la sociedad. Lo que impide el cambio cualitativo es el prevalecimiento de la primera tendencia y cualquier alteración de esta dirección de la sociedad sólo será posible cuando se reconozca, al nivel de la conciencia de cada individuo, lo que se está haciendo y lo que se está evitando, es decir, el estado actual de las cosas y la posibilidad latente de cambiarlo.

A manera de crítica a una tesis central de *Marcuse*, de acuerdo con la cual la ciencia y la técnica organizan y comprenden la realidad natural y social irracionalmente con base en la estructura funcional y operacional de sus conceptos y principios (*a priori tecnológico*), se presentará en la conclusión una reinterpretación de dicha tesis a partir del punto de vista de Jürgen Habermas que busca dilucidar cómo la ciencia y la tecnología sí prestan sus servicios a la organización irracional e injusta de la sociedad pero no por la razón a la que apela *Marcuse* sino por otra.

## I. COMO LA SOCIEDAD INDUSTRIAL AVANZADA CONTIENE EL CAMBIO CUALITATIVO.

*Marcuse* analiza la sociedad industrial avanzada desde una posición crítica. Dicha sociedad es en su esencia <<*Irracional*>>, su propósito inicial era la fundación de una existencia humana con base en una naturaleza humanizada, pero en nombre de una existencia humana racional la sociedad industrial avanzada se muestra como un sistema totalitario, pero no en el sentido de una coordinación política terrorista de la sociedad, sino como una coordinación técnico-económica no terrorista que funciona a través de la manipulación de las necesidades imposibilitando de este modo la aparición de una oposición efectiva contra la sociedad en su totalidad.

Su irracionalidad se expresa en su creciente productividad unida a una creciente destructividad (la destrucción de la tierra, la devastación de los recursos naturales, la deforestación, la contaminación nuclear), en la asimilación del interés individual por el interés nacional (que socava el pluralismo), en la política bipartidista (en la cual los programas de los partidos políticos enfrentados son indiferenciables ya que emplean el mismo discurso), en la coexistencia de la pobreza y una acumulación de riqueza nunca antes realizada, en el temor a la guerra, en el debilitamiento y la proscripción del pensamiento autónomo e independiente, entre otras.

Si se tiene en cuenta todo esto no resulta del todo inconsecuente considerar el cambio cualitativo de la sociedad como una alternativa que busca erradicar la



irracionalidad del sistema predominante a través de la reorganización de la sociedad. El cambio cualitativo en su etapa preparatoria se presenta como la oposición al sistema establecido, a la sociedad irracional en su totalidad. En este orden de ideas la contención del cambio cualitativo se expresa como el rechazo y la erradicación de cualquier oposición contra el sistema. En este sentido se debe entender la contención del cambio cualitativo en la sociedad industrial avanzada.

Para frenar la oposición hay que debilitarla. Como señalamos anteriormente la sociedad industrial avanzada es totalitaria en el sentido de una coordinación técnico-económica no-terrorista que funciona con base en la manipulación de las necesidades, por parte de intereses creados, imposibilitando así la aparición de una oposición efectiva contra el sistema establecido. El gobierno en este tipo de sociedad se mantiene y se asegura gracias a la movilización, organización y explotación de la productividad técnica, científica y mecánica de la que dispone; de este modo en la sociedad industrial avanzada el poder político se expresa a través de su poder sobre el proceso mecánico y sobre la organización técnica del aparato productivo. El modo más efectivo para evitar la emergencia de la oposición, y con ello contener el cambio cualitativo, es la imposición de necesidades intelectuales y materiales sobre los individuos. La sociedad industrial avanzada por medio de su productividad intensificada y diversificada determina (pre-condiciona) la intensidad, la satisfacción y el carácter de las necesidades humanas que se hallan más allá del carácter biológico. De esto se desprende una conclusión importante: Las necesidades humanas son necesidades históricas. *Marcuse* distingue entre necesidades falsas y necesidades verdaderas para hacer referencia a las necesidades que se presentan en la sociedad que está analizando, a saber, las necesidades falsas.

*Marcuse* se refiere a éstas como aquellas necesidades que les son impuestas al individuo por intereses particulares, son necesidades que reproducen el esfuerzo, la agresividad, la miseria y la injusticia, de esta categoría de falsas necesidades hacen parte una gran proporción de las necesidades de descansar, de divertirse, de comportarse y de consumir lo que promocionan los anuncios publicitarios, de amar y odiar lo que los demás aman y odian.

El desarrollo y la satisfacción de estas necesidades es heterónimo pues su contenido y su función son determinados por poderes externos (intereses particulares) sobre los cuales el individuo no ejerce control alguno. Para *Marcuse* el predominio de este tipo de necesidades es un hecho real que ha sido aceptado por ignorancia y derrotismo, pero que es necesario erradicar en aras de la felicidad de los individuos y de todos aquellos cuya miseria es el precio de su satisfacción. En la sociedad industrial avanzada los controles sociales demandan la necesidad de producir y consumir el despilfarro, la necesidad de un trabajo embrutecedor cuando ya no es necesario, la necesidad de formas de descansar que suavizan y perpetúan ese embrutecimiento, la necesidad de conservar libertades engañosas como la libre competencia a precios políticos, una prensa libre que se autocensura. Con respecto a estas libertades engañosas *Marcuse* destaca el hecho de que la sociedad industrial avanzada utiliza la libertad como instrumento eficaz de dominación ya que ésta se le presenta al individuo como una amplia gama de posibilidades para que de entre ellas elija lo que quiera, cualquier cosa que ellas sean. Pero para el autor de "*El Hombre Unidimensional*" el hecho de escoger entre una amplia gama de bienes y servicios no equivale a la libertad si tales bienes y servicios sostienen la alineación, es decir, si sostienen controles sociales sobre una vida de esfuerzo y temor. Y es necesario añadir que la imposición de las

RECEIVED  
 ENLAGE  
 CUBA

falsas necesidades no se origina a partir del poder adoctrinador de los medios de comunicación masivos, pues como *Marcuse* advierte, el condicionamiento no se inicia con la producción masiva de la radio y la televisión y con el control centralizado de los mismos sino que la gente entra en dicha etapa como receptores pre-condicionados desde mucho tiempo atrás, esto se manifiesta en la identificación entre lo dado y lo posible, entre las necesidades satisfechas y las necesidades por satisfacer, esto quiere decir que ya no hay tensión entre lo real y lo posible sino que lo segundo ha sido asimilado por lo primero: la sociedad industrial avanzada se encarga de internalizar las necesidades falsas en los individuos y así mismo posibilita la satisfacción de las mismas dentro del sistema, de este modo lo que la sociedad impone obligatoriamente se muestra como lo real, lo dado, y luego los individuos al elegirlo lo convierten en algo suyo. De esta manera los individuos pierden la capacidad de pensar o imaginarse algo distinto a lo que les ofrece su sociedad. *Marcuse* observa que en las zonas más altamente desarrolladas de la sociedad industrial avanzada la transformación de necesidades sociales (impuestas o creadas) en necesidades individuales (originarias en el propio individuo) es tan completa que la diferencia entre ambas parece una cuestión teórica, de esto cabría preguntarnos ¿cómo se puede diferenciar realmente, por ejemplo, entre los medios de comunicación como vehículos de información y de diversión y como instrumentos para manipular y controlar a los individuos?

En contraposición a estas necesidades falsas *Marcuse* reivindica el valor de las necesidades verdaderas o vitales. Para la realización de estas necesidades es un requisito indispensable la satisfacción de las necesidades de alimentación, de vestido y de vivienda. El autor de *One-dimensional Man* considera que el orden existente de necesidades y satisfacciones en la sociedad industrial



multiplican en sus “propias” necesidades la sociedad (que se las impone). De este modo cualquier oposición al estado de cosas existentes parece imposible.

Esto se corresponde con el hecho de que en los niveles más avanzados de la civilización contemporánea los controles han sido introyectados hasta el punto de socavar la protesta individual en su mismo origen, caracterizándola como neurosis e impotencia.

Este hecho es para *Marcuse* el elemento socio-psicológico de la situación política contemporánea: la ausencia de las fuerzas históricas que, en la etapa anterior a la sociedad industrial avanzada, representaban la posibilidad de oponerse a la sociedad y de pensar en formas de vida alternativas.

Esta ausencia de las fuerzas históricas es otro factor que imposibilita el cambio cualitativo de la sociedad que analiza *Marcuse*, ella misma se ha encargado de evitar su emergencia. Estas fuerzas históricas constituyen la base de la crítica a la sociedad industrial y se refieren a la burguesía y al proletariado, pero el papel que jugaron en la etapa anterior a la sociedad capitalista ha sido invalidado hoy por este tipo de sociedad. Dicha sociedad ha trastocado la estructura y la función de estas dos clases sociales hasta el punto de que han dejado de ser los agentes de la transformación histórica. Esta supresión de las fuerzas históricas es denominada por *Marcuse* la unificación de los opuestos (aunque abarca también otros hechos), es decir, la unión de las antiguas clases antagonistas de la sociedad. El autor de *One-dimensional Man* señala que en la sociedad industrial avanzada se presenta la unificación de las empresas y los trabajadores en el sentido de que los intereses e ideales de los sindicatos han llegado a prescribir como suyos los intereses y objetivos de la misma empresa, el mismo autor, en *Eros y Civilización*, nos remite a una

publicación de *El Centro para el Estudio de las Instituciones democráticas de 1963* titulada *Labor Looks at Labor: A conversation* que señala: “Lo que ha pasado es que el sindicato ha llegado a ser casi indistinguible ante sí mismo de la empresa. Hoy vemos el fenómeno de sindicatos y empresas formando juntos grupos de presión”<sup>2</sup>.

*Marcuse* nos recuerda que para Marx la organización y la dirección del aparato productivo en manos del proletariado conducirían a un cambio cualitativo de la sociedad, es decir, a una organización más racional de la vida humana y de la naturaleza. No obstante nuestro autor advierte que cuando el aparato técnico establecido se convierte en el medio de control y cohesión en un universo político que asimila a las clases trabajadoras, el cambio cualitativo implicaría una transformación en la misma estructura tecnológica y presupondría que las clases trabajadoras no se reconocen a sí mismas en dicho universo (es decir, se hallarían enajenadas en su propia existencia) y vislumbrarían la necesidad de existir en un universo totalmente distinto. De esta forma la negación se daría antes del cambio cualitativo.

Este punto de vista expresa la idea según la cual las fuerzas históricas liberadas se originan dentro de la sociedad establecida. Pero *Marcuse* revela que estas fuerzas son anuladas constantemente por la sociedad industrial cuando ésta vuelve tanto a los sujetos como a los objetos en instrumentos, en cosas manipulables, dentro de una totalidad cuya razón de ser es la realización de su omnipotente productividad.

La omnipotencia de esta productividad es la promesa de una vida siempre más confortable para una cantidad cada vez más grande de personas que no son capaces de imaginarse un universo del discurso y de la acción cualitativamente

---

<sup>2</sup> MARCUSE HERBERT. *El Hombre Unidimensional*. Ed. Planeta, Buenos Aires. 1993, Pág. 50.

distinto y esto se debe a que la sociedad establecida posee la capacidad de contener y manipular los esfuerzos por revelar las contradicciones y la irracionalidad de la misma. En la sociedad establecida, aquellos que no son la expresión concreta de su irracionalidad, “los menos desheredados”, satisfacen su necesidad de liberación cuando la sociedad satisface las necesidades (que ella misma crea, necesidades falsas) que hacen de la servidumbre algo agradable y hasta imperceptible gracias al proceso de producción.

Este proceso ha llevado a que las clases trabajadoras de las zonas más desarrolladas de la sociedad industrial avanzada hayan sido objeto de una transformación decisiva que ya no permite considerarlas como fuerzas históricas liberadoras. Entre los principales factores de esta transformación tenemos:

1. La mecanización, como factor reductor de la cantidad e intensidad de energía física humana gastada durante el trabajo. Este factor ha trastocado el concepto de Marx del trabajador, para el autor de “El Capital” el trabajador es el obrero que gasta y agota su energía física en el proceso de trabajo, trabaje o no con máquinas. El trabajo causa repulsa y es cruel cuando la utilización de esta energía física se lleva a cabo en condiciones infrahumanas; de este modo el concepto marxista del trabajador denuncia el cansancio físico y las condiciones miserables del trabajo.

Con la mecanización en la sociedad industrial avanzada el concepto del trabajo se transforma, con ella se modifican la actitud y el status de los trabajadores, la mecanización ha logrado sustituir el agotamiento muscular por el esfuerzo mental, *Marcuse* observa que en las fábricas con un alto grado de automatización la energía física es sustituida por las habilidades técnicas y mentales, es decir, se requieren más las capacidades de los

profesionales y de los expertos que las de los operarios de las máquinas. Con esta clase de automatización el trabajo se vuelve rutinario y uniforme y de este modo se asimilan los empleos productivos y los no productivos. Esto conlleva a que en las secciones más automatizadas de una fábrica los trabajadores se integren en una cierta comunidad tecnológica, las máquinas producen un ritmo que, a través de los movimientos realizados interdependientemente por los operadores, produce en éstos cierta satisfacción sin importar lo que se esté haciendo. De esta forma, expresa *Marcuse*, “Las cosas contienen ritmo antes que opresión, y trasmiten su ritmo al instrumento humano...”<sup>3</sup>

Frente a este panorama alentador de la mecanización del trabajo *Marcuse* persiste en la idea marxista del trabajo; dentro de la organización tecnológica el trabajo mecanizado, caracterizado por las reacciones automáticas y semiautomáticas que abarcan una gran parte del tiempo de trabajo, sigue siendo una ocupación agotadora, embrutecedora e inhumana en el sentido del aislamiento en el que se hallan los trabajadores entre sí, y del mayor ritmo de trabajo y de control de las máquinas por parte de los trabajadores. Para el autor de “El final de la Utopía” este carácter explotador del trabajo es la expresión de la automatización, la semi-automatización y la no-automatización de distintas áreas dentro de una misma fábrica. Esta referencia a la automatización es importante tenerla en cuenta para entender el papel que ella misma juega dentro del cambio cualitativo en el sentido en que lo entiende *Marcuse*.

2. La tendencia hacia la asimilación de los empleos como factor de la estratificación ocupacional. En las principales fábricas se da una

---

<sup>3</sup> IBID. Pág. 57.



disminución en la utilización de los trabajadores manuales y un aumento del “elemento de cuello blanco” (técnicos, ingenieros, especialistas, científicos, etc.), de este modo se llega a un incremento del número de trabajadores aislados del proceso de producción.

Este hecho debilita y anula la emergencia de las fuerzas históricas liberadoras pues se reduce el número de las mismas, es decir, el número de trabajadores ocupados más directamente con el proceso material de la producción.

Los trabajadores, cuyo número es mayor, que no están tan cerca de dicho proceso ocupan una posición especial en el mismo, desde la cual no perciben la irracionalidad del sistema, y como dice *Marcuse* “[son] el niño mimado del sistema existente y desde el punto de vista de la conciencia está(n) sometido(s) a él”<sup>4</sup>. Esta alteración en la cantidad de tales trabajadores, se debe a un cambio del carácter de la máquina, ésta, en sí misma, se convierte en un sistema de instrumentos y relaciones mecánicas (extendiéndose así más allá del trabajo individualizado) reduciendo así la autonomía profesional del trabajador integrándolo con otras profesiones que son dirigidas por el aparato técnico. *Marcuse* también llama la atención sobre el hecho de que la automatización ha hecho posible que la productividad esté determinada por el trabajo que realizan las máquinas y no por el que realizan los trabajadores, la productividad es determinada por el rendimiento de la máquina y no por el rendimiento del trabajador individualmente, e incluso la medida para el rendimiento individual no existe: con la automatización resulta imposible evaluar la producción de un solo trabajador, sólo es posible medir la utilización del equipo mecanizado.

---

<sup>4</sup> MARCUSE HERBERT. El Problema de la Violencia en la Oposición. En: El final de la Utopía. Ed. Ariel, Barcelona, 1986, pág. 56-57.

3. Relacionado con estos cambios en el carácter del trabajo y de la máquina está la modificación de la actitud y la conciencia de los trabajadores, que se hace patente en la integración social y cultural de la clase trabajadora con la sociedad capitalista.

Para *Marcuse* este cambio no se reduce a un cambio directamente en la conciencia del trabajador sino que corresponde (y le antecede) también a un cambio en su existencia social, en su forma de vivir y en la fábrica. Existe una relación entre dicho cambio y la transformación del proceso productivo: la integración o unificación, en cuanto a necesidades y aspiraciones (lo posible), en el nivel de vida, en la forma de divertirse, en la política, obedece a una integración dentro de la fábrica, en el proceso de producción mismo. Aunque predominan los aspectos negativos de la automatización (mayor ritmo de trabajo, paro tecnológico, una posición directiva más fuerte, la cada vez más creciente resignación e impotencia, etc.), la organización tecnológica que crea una comunidad mecánica en el trabajo origina una mayor interdependencia entre el trabajador y la fábrica que integra aquél a ésta, esto se manifiesta en la actitud de los trabajadores por participar en la solución de problemas relacionados con la producción. Gracias a las ventajas sociales que la fábrica le asegura al trabajador, gracias a las rutinarias relaciones de los trabajadores entre sí y con las máquinas se crean entre una y otro lazos profesionales y materiales que hacen que el trabajador se preocupe con interés desmedido por los problemas relacionados con la producción (sin importar que ésta sea irracional, por ejemplo, que se produzcan misiles, armas químicas, bombas, etc.), con la situación financiera de la empresa, e incluso se ve motivado a proponer nuevas medidas conducentes al mejoramiento del rendimiento productivo, entre otras cosas.

Al integrarse el trabajador a la empresa y al operarse esa identificación entre ambos, se debilita la posición crítica liberadora de la clase trabajadora, ésta ya no se muestra como la clase opositora para la sociedad dominante.

4. La administración gerencial y directiva del proceso productivo como factor adicional del debilitamiento de la posición crítica de la clase trabajadora frente a la sociedad establecida. Desde la gerencia y la dirección de las empresas la dominación del sistema establecido se viste con el ropaje de la administración. *Marcuse* señala que en la sociedad industrial los dueños de las empresas pierden su función como agentes responsables y se transforman en burócratas de una máquina corporativa. La amplia jerarquización que se da al interior de la empresa individual, del instituto de investigaciones, del gobierno nacional, etc., hace desaparecer el carácter explotador de tales empresas detrás de la fachada de su racionalidad objetiva, la racionalidad tecnológica oculta la perpetuación de la desigualdad y la falta de libertad, esta última, entendida como “La sujeción del Hombre a su aparato productivo”<sup>5</sup>, y con el apoyo del progreso técnico, se reproduce y aumenta bajo la fachada de muchas y diferentes libertades y comodidades.

*Marcuse* observa que lo novedoso de la sociedad industrial avanzada es la racionalidad de su empresa irracional y el profundo pre-condicionamiento que le da forma a los impulsos instintivos y a las aspiraciones (deseos) de los individuos. Recuérdese que este tipo de sociedad crea e impone a los individuos falsas necesidades que luego éstos interiorizan y así identifican

---

<sup>5</sup> MARCUSE, HERBERT. O. P cit. Pág. 62.

sus aspiraciones individuales con lo que les ofrece la sociedad a través de su diversificada productividad.

Así mismo el autor de "El final de la Utopía" señala que la racionalidad tecnológica no permite diferenciar entre la conciencia falsa y la verdadera, la primera se expresa en los individuos a través de su aceptación del orden de cosas existentes como un orden "racional" cuando verdaderamente es irracional, pues tal orden establece una productividad destructiva (por ej., la industria nuclear), y con ello impone la aceptación de la destrucción, la forma de existencia alienada, la agresividad en el deporte, la música y la pornografía, etc., la conciencia verdadera es aquella que le permitiría a los individuos darse cuenta de esta irracionalidad de la sociedad industrial y también acceder a los factores que la produjeron y así tener acceso a una comprensión más clara y cercana a la verdad de los hechos, a cómo éstos se originan.

En este orden de ideas *Marcuse* anota que aunque en las empresas de la sociedad industrial se utilicen más los controles administrativos que los controles físicos (hambre, dependencia de personal, etc.), y se produzca un cambio en el carácter del trabajo pesado así como la integración de las clases trabajadoras, todo esto, dice, no compensa el hecho de que los individuos no sean autónomos a la hora de tomar decisiones sobre su propia vida, sobre la seguridad personal o sobre la nacional.

En este sentido nuestro autor se refiere a los individuos de la sociedad industrial como a esclavos, pero no en el sentido de ser obedientes o de realizar trabajos rudos sino por su condición de instrumentos, de su existencia como cosas manipulables y esta condición no se cancela, a juicio

de *Marcuse*, si la cosa es bonita, limpia, si tiene libertad de elegir su alimento u otras cosas. Paralelo a esto, conforme la reificación se vuelve totalitaria a causa de su carácter tecnológico, los administradores y organizadores dependen cada vez más de la maquinaria que organizan y administran, y esta dependencia se vuelve un círculo vicioso que comprende a los amos y a los esclavos. Este círculo vicioso es para *Marcuse* la expresión de una sociedad que se reproduce y se extiende ella misma siguiendo su propia dirección preestablecida y guiada por las necesidades falsas que genera.

Hasta aquí hemos visto que la contención del cambio cualitativo en la sociedad industrial se realiza a través de la producción de falsas necesidades y por la transformación de la clase trabajadora. Pero *Marcuse* considera que la contención del cambio cualitativo tiene raíces más profundas que se relacionan con la racionalidad tecnológica propia del método científico y con el operacionalismo y behaviorismo que se desprenden del mismo. Ahora pasaremos a desarrollar estos aspectos.

El autor de *One-dimensional Man* considera que la sociedad industrial avanzada utiliza el progreso científico y técnico como un instrumento de dominación. Entre la sociedad pretecnológica y la sociedad tecnológica se da una continuidad, esto es, prevalece la dominación del hombre por el hombre. Lo novedoso de la sociedad tecnológica es que la transformación tecnológica de la naturaleza altera la base de la dominación, pues reemplaza gradualmente la dependencia personal (del siervo con el señor feudal) por la dependencia al <<orden objetivo de las cosas>> (las leyes económicas, el mercado). Este orden es producto de la dominación así como su racionalidad más alta, ésta se

manifiesta en la progresiva esclavitud del hombre por parte de un aparato productivo que reproduce la lucha por la existencia.

Esta apreciación, a juicio de *Marcuse*, revela que algo está funcionando mal en la racionalidad del sistema mismo; y lo que está mal es la misma organización social del trabajo.

Nuestro autor agrega que esta organización equivocada al volverse totalitaria en sus bases internas rechaza las alternativas (el cambio cualitativo). Lo que hace funcionar al aparato social establecido, y hace parte de su racionalidad, es la ideología según la cual la destrucción es el pre-requisito del progreso, así como la renuncia y el esfuerzo lo son del placer y la gratificación, y que los negocios siempre van adelante y las alternativas son utópicas.

La sociedad industrial avanzada se autoperpetúa a través de un creciente ordenamiento técnico de cosas y relaciones entre las cuales está la utilización técnica del hombre, esto quiere decir que la lucha por la existencia y la explotación del hombre y la naturaleza se vuelven cada vez más científicas y racionales. El desarrollo científico y la división científica del trabajo acrecientan enormemente la productividad de la empresa económica, política y cultural, el resultado más obvio es un nivel de vida más alto pero también tal empresa racional produce un modelo de pensamiento y de conducta que justifica y absuelve los aspectos más destructivos y opresivos de la misma. De este modo la racionalidad técnica y científica unida a la manipulación se constituye en una nueva forma de control social.

*Marcuse* está convencido de que la aplicación social de la racionalidad científica estaba presente ya en la ciencia pura, es decir, cuando aún no se

orientaba a ningún propósito práctico. En este sentido habla de un *a priori tecnológico* presente en la racionalidad tecnológica.

Veamos en qué sentido *Marcuse* habla de este *a priori* tecnológico:

Con la cuantificación de la naturaleza y su explicación en términos matemáticos se lleva a cabo la separación entre la realidad y sus fines prácticos, esto condujo a la definición de la naturaleza en términos de las leyes generales del movimiento físico, químico y biológico, es decir, la naturaleza es definida como un objeto diferente e independiente del sujeto. El autor de "*El Hombre Unidimensional*" advierte que paradójicamente el mundo objetivo despojado de los elementos cualitativos (valores o fines prácticos) depende cada vez más del sujeto para su objetividad. Este proceso extenso se inicia con la algebrización de la geometría que sustituye las figuras geométricas visibles por puras operaciones mentales, esto se expresa en alguna concepción de la ciencia contemporánea según la cual toda la materia de la ciencia física se diluye en relaciones lógicas o matemáticas, de esta forma los objetos se convierten en intermediarios para la verificación de las leyes lógico-matemáticas, en consecuencia el mundo objetivo pierde su carácter objetable, es decir, el de un objeto opuesto a un sujeto.

Más allá de una interpretación matemática de la realidad, ésta aparece como una realidad de ideas. Esta afirmación extrema y radical es rechazada por interpretaciones más conservadoras que afirman que las proposiciones de la física contemporánea aún hacen referencia a objetos físicos. Pero estos objetos físicos consisten en realidad, a juicio de *Marcuse*, en acontecimientos físicos y de este modo las proposiciones físicas se refieren en realidad a atributos y relaciones que son propios de diferentes clases de cosas y de procesos físicos. En este sentido, los acontecimientos y las relaciones sólo pueden ser verdaderamente objetivos para un sujeto, y no sólo en términos de observación

y medida sino que se trata de un sujeto para el cual algún dato puede ser considerado como un suceso o una relación.

Nuestro autor advierte que su intención con este análisis no es afirmar categóricamente que la física contemporánea rechace o ponga en entredicho la realidad del mundo externo o material, sino que de un modo u otro la física abandona toda reflexión acerca de lo que puede ser la realidad o supone que esta cuestión es incontestable, de este modo tal suspensión del juicio (abandono de la reflexión sobre la realidad) se convierte en un principio metodológico que conduce a una doble consecuencia:

- a. La noción metafísica “siendo como es” es reemplazada por la noción funcional “siendo instrumento”.
- b. Se impone una certeza práctica en las operaciones que se realizan con la materia, que no está relacionada con ninguna sustancia que se halle fuera del contexto operacional.

Esto quiere decir que, en teoría, la transformación del hombre y de la naturaleza encuentra sus límites objetivos en la facticidad bruta de la materia; en la medida en que esta concepción se aplica y es efectiva en la realidad ésta es entendida como un sistema hipotético de instrumentalización, y cuando la efectividad de dicha concepción es verificada, esta última se convierte en un a priori, esto es, en el patrón que predetermina la experiencia, que proyecta la dirección en que se debe transformar la naturaleza así como su organización.

*Marcuse* observa que aún la ciencia puede partir de la noción de dos sustancias, *res cogitans* (sujeto) y *res extensa* (objeto), pero que a medida que la materia se vuelve comprensible matemáticamente y que al ser traducible



esta comprensión en tecnología la materia es reelaborada, entonces la res extensa pierde su estado de sustancia independiente. Con la asimilación de la res extensa por el ego pensante se asiste al nacimiento del sujeto científico de observación y medida para el cual la naturaleza es sólo un objeto mental, es decir, perteneciente al sujeto. En este sentido la ciencia de la naturaleza partió del a priori tecnológico que tomó a la naturaleza como instrumento potencial, y esta comprensión de la naturaleza como instrumento precede (es así como se habla de un a priori) al desarrollo de toda organización técnica particular: la naturaleza es sometida al control y al ritmo de la producción, en la cual las máquinas son un instrumento para realizar la esencia de la técnica en la naturaleza.

*Marcuse* señala entonces que el “a priori tecnológico” es un “a priori político”, en el sentido de que la transformación de la naturaleza abarca la del hombre también y las creaciones del hombre parten del conjunto social y vuelven al mismo. Por este motivo, a juicio de nuestro autor, no se puede pensar en la neutralidad de la tecnología pues cuando la técnica abarca la forma de producción material logra establecer la dirección en que se desarrollará la transformación y organización de la realidad. Para el autor de “El Hombre Unidimensional” no es posible pensar la ciencia pura, con sus conceptos y su verdad propia, como independiente de su aplicación en la realidad social, una interpretación como ésta es errónea para nuestro autor si se tiene en cuenta <<*el carácter interno instrumental*>> propio del método científico, en éste se observa una relación mucho más profunda entre la ciencia pura y su aplicación.

El objetivo de la ciencia por establecer la objetividad de la naturaleza da como resultado una desmaterialización cada vez mayor de la misma, el proceso se inicia con la exclusión de las sustancias independientes y de las causas finales y termina en la idealización de la objetividad, esta idealización es muy particular: la relación entre objeto y sujeto es práctica, el sujeto ve al objeto como puro instrumento, el objeto se constituye en un instrumento para un sujeto, éste manipula a aquél.

*Marcuse* advierte que si esto es así entonces la ciencia, en sí misma, se ha vuelto tecnológica, cuando este operacionalismo se vuelve el centro de la empresa técnica la racionalidad aparece como una construcción metódica: organiza y trata la materia como un material de control, como instrumental <<en sí misma>>.

Paralelo a esto *Marcuse* anota que la racionalidad de la ciencia es <<neutral>>, en el sentido de que no está sujeta a valores y no está orientada a ningún fin práctico, por este motivo dicha neutralidad de la Ciencia es *positiva* o *positivista*, es decir, para su aplicación la racionalidad científica de las ciencias requiere una organización social que sea determinada a partir de sus propios principios y en la que las cuestiones *prácticas* (morales, axiológicas) sean marginadas al plano subjetivo; en este sentido las formulaciones y las funcionalidades de la ciencia son <<la forma pura>> de una práctica social específica: así como la ciencia separaba los fines naturales de los suyos propios y eliminaba todas las cualidades no cuantificables de la materia, también la sociedad liberaba a los hombres de la jerarquía “natural” de la dependencia personal para relacionarlos entre sí como unidades de tiempo dentro del mundo laboral.

De este modo con la racionalización del trabajo la eliminación de las cualidades que se da en el terreno de la ciencia se transporta al terreno de la experiencia diaria.

*Marcuse* señala que los principios de la ciencia moderna fueron estructurados a priori de forma que pudieran ser utilizados como instrumentos conceptuales en un universo de control productivo que se autoexpande, así el operacionalismo teórico se volvió operacionalismo práctico. En este sentido la ciencia contiene tanto los conceptos puros como los instrumentos para la dominación más efectiva del hombre por el hombre a través de la dominación de la naturaleza, es así como la racionalidad tecnológica presta su servicio para la expansión y reproducción de la dominación más efectiva y de esta manera legitima el poder político que implanta un universo instrumentalista de la razón. El aparato técnico se constituye en el espacio donde las máquinas se utilizan para obtener poder, ellas son sólo medios cuyo fin es la dominación de la naturaleza, de este modo, señala nuestro autor, la máquina es un esclavo que produce más esclavos. Para *Marcuse* el desarrollo continuo del progreso técnico se impregnó de contenido político y de ese modo el logos tecnológico se convirtió en un logos de continua servidumbre, la tecnología en lugar de liberar al hombre de las necesidades, dominando racionalmente a la naturaleza, terminó instrumentalizando al mismo hombre. Con esta interpretación nuestro autor expone cómo se relacionan el proyecto científico anterior a cualquier aplicación con un proyecto social particular y el nexo entre ambos lo halla en la estructura interna de la racionalidad científica: en el carácter funcional de sus conceptos.

*Marcuse* observa que con la racionalidad tecnológica como legitimadora de la dominación del sistema político se implanta un modelo de pensamiento y conducta unidimensional, que rechaza aquellas ideas y aspiraciones que por su contenido trascienden el universo establecido del discurso y la acción o las reduce dándoles una nueva definición en términos de la racionalidad tecnológica. Esta tendencia se expresa en las ciencias naturales como operacionalismo y en las ciencias sociales como behaviorismo. Fuera de la racionalidad tecnológica, que interpreta la naturaleza en términos lógico-matemáticos y construye así una realidad tecnológica, sólo queda un mundo de valores que fueron separados de la realidad objetiva; al quedar fuera de esta realidad o al no poder ser verificados en términos de la racionalidad tecnológica, dichos valores no alcanzan validez objetiva y son considerados como simples ideales subjetivos. La única forma que tienen estos valores de reclamar alguna validez es a través de una sanción metafísica: Una ley divina y natural.

Al despojar a dichos valores de objetividad la racionalidad tecnológica les otorga una dignidad más alta que puede ser ética o metafísica, pero no les admite realidad y de este modo los considera poco relevantes para la vida. Esta misma falta de realidad afecta a todas aquellas ideas que por su propia naturaleza no son verificables por medio del método científico. Pero por este mismo carácter (falta de realidad) los valores se convierten en factores de cohesión social: las ideas religiosas y las morales son sólo <<ideales>> que las personas pueden muy bien acoger en sus vidas, y guiarlas con base en ellas; de esta manera en la sociedad industrial se acepta la existencia de formas de vida bohemia, de actividades espirituales y metafísicas. La aceptación de estos *ideales* se debe a que al pertenecer al campo *subjetivo* no alteran la

forma de vida establecida, no contradicen el *statu quo* sino que son absorbidos por éste como parte de la vida privada de sus miembros.

Para *Marcuse* el carácter acientífico de estos valores obstaculiza y disminuye la oposición a la realidad establecida, sus contenidos críticos y concretos se diluyen en la atmósfera ética o metafísica.

Así vemos que lo que caracteriza por igual al operacionalismo y al behaviorismo es el tratamiento totalmente empírico de los conceptos, el significado de los mismos se reduce a la representación de operaciones y de conductas particulares. Esto conduce a que los conceptos críticos y trascendentes sean desechados al no encajar en la descripción propia de los términos de la racionalidad científica. De este modo el operacionalismo y el behaviorismo cancelan la dimensión interna de la mente de los individuos en la cual se origina el poder crítico de la razón, su poder de negación del sistema establecido, y de ese modo la sociedad logra la autolimitación del pensamiento; ella invalida toda una serie de operaciones y conductas opuestas al universo del pensamiento y la conducta dominante, y los conceptos correspondientes se convierten en ilusiones carentes de significado. De este modo, señala *Marcuse*, la trascendencia histórica se convierte en trascendencia metafísica y ésta es rechazada por la ciencia y su método científico. Así las cosas el punto de vista operacional y behaviorista se convierte en el patrón del universo del discurso y la acción establecido, la razón trabaja en función del interés de los poderes dominantes. El esfuerzo de los conceptos operacionales y behavioristas lucha contra el esfuerzo de los conceptos trascendentes por liberar al pensamiento y la conducta del condicionamiento que realiza la sociedad.

Nuestro autor reafirma que cualquier trascendencia es desafiada por la sociedad industrial con base en su creciente productividad, por las relaciones de la ciencia y la técnica. “El Operacionalismo en teoría y práctica se convierte en la teoría y la práctica de la contención”<sup>6</sup>.

Hasta aquí hemos visto cómo la sociedad industrial avanzada contiene el cambio cualitativo a través de: la imposición y satisfacción de falsas necesidades, la transformación del status y el carácter de la clase trabajadora (por medio de la mecanización, la identificación e integración social y cultural de los trabajadores con la sociedad capitalista y la función y el carácter de los administradores de la producción), de la ciencia y la tecnología que a través de su “a priori tecnológico” comprende y organiza la realidad natural y humana.

En el siguiente capítulo veremos cómo Marcuse rastrea en la misma sociedad industrial algunas tendencias que posibilitarían la realización del cambio cualitativo, tendencias que se encuentran en los medios materiales e intelectuales que la misma sociedad ha desarrollado. Entre estas tendencias está la madurez de las fuerzas productivas que posibilitaría la *automatización total* con lo cual se realizaría lo que Marcuse llama <<la pacificación de la existencia>>.

---

<sup>6</sup> IBID. Pág. 47.

## II. COMO ENTIENDE MARCUSE EL CAMBIO CUALITATIVO.

Para explicar cómo entiende *Marcuse* el cambio cualitativo de la sociedad industrial partiremos de la exposición precedente en lo referente a la distinción entre necesidades falsas y necesidades verdaderas. Como se recordará la sociedad industrial avanzada impone sobre sus miembros necesidades falsas o creadas por intereses particulares y en este sentido se decía que las necesidades humanas son necesidades históricas (sobre todo aquellas necesidades que se encuentran más allá del nivel orgánico), pues son determinadas por una organización social específica, es decir, las necesidades humanas dependen del tipo de sociedad que las posibilita.

La internalización de estas necesidades se realiza a través de su imposición obligatoria bajo el ropaje de bienes y servicios que se ofrecen, y que al ser elegidos por los individuos se convierten en algo propio de ellos, es decir, como si la necesidad fuera originaria en los individuos y no algo impuesto por la sociedad.

En este orden de ideas nuestro autor concibe el cambio cualitativo como el proyecto de una sociedad diferente a la establecida.

Para la realización de dicho proyecto se precisa del desarrollo de factores subjetivos y objetivos dentro de la sociedad. Estos factores se refieren a tendencias que surgen en la misma sociedad pero que la trascienden, van en contra de ella.

El factor subjetivo que posibilitaría el cambio cualitativo *Marcuse* lo define como la redefinición de las necesidades, y el factor objetivo lo ve en la madurez de las fuerzas productivas; ambos factores hacen referencia a las fuerzas materiales e intelectuales presentes en la sociedad industrial pero cuya aplicación racional se ve imposibilitada por la organización de la misma sociedad.

El factor subjetivo, la redefinición de las necesidades, presupone la ruptura con la continuidad de las necesidades falsas o creadas por la sociedad industrial, es decir, la ruptura con necesidades que reproducen la miseria, la pobreza, el trabajo alienado, la limitación del pensamiento, etc.

Para *Marcuse* lo que implica esta ruptura es la idea de una nueva antropología, y no sólo en teoría sino también como formas de existencia que expresen la ruptura con las necesidades anteriores. La nueva antropología consistiría en la creación y desarrollo de necesidades vitales de libertad, es decir, necesidades que originándose en el mismo individuo lo insten a buscar la liberación de los factores externos que lo condicionan al imponerle necesidades extrañas. Estas necesidades vitales o nuevas se definen, a juicio de *Marcuse*, como la negación de las necesidades falsas y las resume en la negación de las necesidades y valores impuestos por la sociedad industrial avanzada, así tenemos: la negación de la necesidad de ganarse la vida con base en un trabajo embrutecedor y agotador (esto es, formas destructivas de la lucha por la existencia), la negación de la necesidad de conseguir el éxito a costa de lo que sea, la negación de la necesidad de conformarse con lo que se tiene, la negación de la necesidad de un sistema productivo que se basa en la destrucción y el despilfarro, la negación de la necesidad de comprar todo lo



que se anuncia y se vende, y la negación de la necesidad de pensar y actuar como indican los medios de comunicación, el gobierno y los demás, entre otras. El autor de *El final de la Utopía* agrega que las necesidades impuestas “se niegan en la necesidad de paz... en la necesidad de descanso, en la necesidad de estar sólo, de tener una esfera privada... en la necesidad de calma y en la necesidad de felicidad”<sup>7</sup>, estas necesidades no son entendidas por nuestro autor como necesidades individuales sino como necesidades que inciden en la organización y en la dirección de las fuerzas productivas, es decir, como fuerzas productivas sociales.

En este sentido es necesario entonces que, paralelo a la realización de las nuevas necesidades, se presente un segundo factor posibilitador del cambio cualitativo, es decir, la madurez de las fuerzas productivas que para *Marcuse* consiste en la consumación de la racionalidad tecnológica o automatización total. La automatización absoluta se presenta como factor liberador porque posibilitaría la gradual reducción del esfuerzo físico en el trabajo al sustituirlo por trabajo nervioso mental y al concentrar el trabajo socialmente necesario en el <<elemento de cuello blanco>>, es decir, en la clase de los técnicos, científicos, ingenieros, etc.

Como señalábamos al tratar los factores de la transformación de la clase trabajadora, la automatización no sólo consiste en un aumento cuantitativo de la mecanización sino además en un cambio en el carácter de las fuerzas productivas. Recordemos que *Marcuse* advierte que en la sociedad industrial avanzada sólo se da la automatización parcial o semi-automatización del aparato productivo, pues la automatización absoluta no encaja en dicha

---

<sup>7</sup> MARCUSE, Op cit, pág. 15.

sociedad ya que ésta ejerce control a través de la explotación privada del trabajo humano en el proceso productivo. Frente a esto la automatización total en el proceso productivo material abriría, en el reino de la necesidad, un espacio para el tiempo libre, y esto se lograría transformando las fuerzas de trabajo al separarlas del individuo y convertirlas en un objeto productor independiente, en un sujeto en sí mismo. De este modo, agrega *Marcuse*, el tiempo de trabajo necesario se reduciría hasta convertirse en tiempo marginal y el trabajo realizado por necesidad (necesidad de ganarse la vida) se transformaría en un trabajo realizado por gratificación. Esta idea sugiere que el trabajo se concentre más en las máquinas que en los hombres para que así el trabajo deje de ser agotador y embrutecedor pues éste se agilizaría y le dejaría un tiempo libre a los hombres. Es preciso que se entienda que *Marcuse* diferencia entre *tiempo libre* y tiempo de ocio, el tiempo de ocio es el que existe en la sociedad industrial y se define como el tiempo que el hombre no gasta en el trabajo sino el que utiliza fuera de éste pero no es libre, porque es invertido en la satisfacción de las necesidades de diversión que impone la sociedad industrial; para nuestro autor el tiempo libre sería aquel tiempo en el cual el hombre se recogiera en el espacio interior de la vida privada y así se volviera sobre sí mismo y pudiera pensar y reflexionar sobre su propia existencia y sobre la sociedad en la que se encuentra inmerso.

Como vemos, el punto de partida para la realización del cambio cualitativo está en la base técnica misma de la sociedad industrial, en la automatización total, en la tecnologización absoluta del trabajo social. En este sentido *Marcuse* no vislumbra la realización del cambio cualitativo a través de un cambio político y económico sino a través de un cambio en la base técnica misma, pues la sociedad industrial avanzada utiliza la ciencia y la tecnología

para la dominación cada vez más efectiva del hombre y de la naturaleza y se vuelve irracional en la medida en que el éxito de tales esfuerzos no posibilita la apertura de nuevas dimensiones para la humanización de la existencia.

Lo que se conseguiría con el cambio cualitativo sería, de acuerdo con *Marcuse*, la pacificación de la lucha por la existencia, es decir, las condiciones en las que la lucha del hombre con el hombre y con la naturaleza no esté determinada por intereses creados de dominación que reproducen las formas destructivas de dicha lucha.

Como se recordará la racionalidad científica posee un a priori tecnológico que se manifiesta en el carácter interno instrumental propio del método científico. Este carácter está presente en los principios de la ciencia moderna, que son conceptos funcionales, y ella misma al interpretar la naturaleza en términos lógico-matemáticos la aparta de los fines prácticos o valores asignándole a éstos un status metafísico y validez subjetiva. Con ello la naturaleza es entendida como puro instrumento, es manipulable, se convierte en un objeto de control.

*Marcuse* señala que la separación entre fines prácticos y la naturaleza condujo al desarrollo independiente de la racionalidad científica y de la racionalidad práctica. Pero con la pacificación de la existencia aparecería una nueva idea de Razón que sería la unión entre la razón teórica y la práctica. Nuestro autor anota que esta nueva idea de Razón está presente en la proposición de Whitehead "La función de la Razón es promover el arte de la vida"<sup>8</sup>, y agrega que desde el principio el arte estaba contenido en la ciencia pero ésta se

---

<sup>8</sup> A.N. WHITE HEAD. *The Function of Reason*: Boston: Beacon Press, 1995, pág. 5.

abandonó a la racionalización de las posibilidades de la realidad. Pese a esto el arte se mantuvo comprometido con la falta de libertad predominante de donde había surgido, pero al igual que la filosofía quedó relegado al plano metafísico. El autor de "El Hombre Unidimensional" anota que en la sociedad industrial se acepta aquella parte de la ley de los tres estadios de Saint-Simon según la cual el estado metafísico precede al científico de la civilización, con base en esto, nuestro autor se pregunta si esta relación es definitiva o si la transformación científica de la realidad contiene ya su propia trascendencia metafísica, es decir, si dicha transformación proporciona los medios necesarios y adecuados para organizar y transformar la realidad de forma distinta a la ya establecida.

*Marcuse* sostiene que en la sociedad industrial avanzada la racionalidad científica encarnada en el poder político constituye el elemento decisivo en el desarrollo de las alternativas históricas y esto permite preguntarse si tal poder está orientado hacia su misma negación, esto es, hacia el desarrollo del <<arte de la vida>>.

Tal negación se iniciaría al invertir la relación entre la ciencia y la metafísica, esto es, negando la ley de los tres estadios de la civilización propuesta por *Saint-Simon* en la que la metafísica precede a la ciencia, en lugar de esto se trabajaría para que el estadio metafísico y el científico convergieran en un mismo estadio de la civilización y de este modo ya no estarían separadas la razón teórica y la razón práctica (filosofía, arte), de igual manera las ideas que definen la realidad en términos diferentes a los de las ciencias exactas dejarían de ser tildadas de metafísicas pues al incorporarse a los conceptos científicos definirían las posibilidades reales de una existencia libre y pacífica, es decir,

lograrían la pacificación de la existencia. La idea que presenta aquí Marcuse es la incorporación de los fines prácticos o valores en las tareas técnicas, se trata de la *materialización de los valores* (antes relegados al plano metafísico donde no poseían realidad), de la redefinición de la técnica en términos de fines prácticos o valores. Los valores en tanto que fines técnicos trabajarán en el proyecto y en la construcción de la maquinaria posibilitando así la creación de máquinas totalmente automatizadas que acabarían con el trabajo alienado permitiendo el disfrute del tiempo *libre* al que se refiere Marcuse, de igual manera nuestro autor afirma que los valores podrían afirmarse en la formación de hipótesis científicas, es decir, en la teoría científica pura, de esta manera la ciencia dejaría de cuantificar sólo las cualidades secundarias de los objetos y “cuantificaría también los valores”.

Lo cuantificable sería el nivel disponible técnicamente para liberar al hombre de la necesidad, por ejemplo, se mediría el mínimo grado de trabajo con el que pueden satisfacerse las necesidades básicas de todos los miembros de la sociedad, partiendo de la base de que los medios disponibles son utilizados para ese fin, de este modo el tiempo de trabajo socialmente necesario se reduciría progresivamente hasta convertirse en tiempo marginal.

Nuestro autor agrega que bajo este nuevo aspecto el método científico y la tecnología se transforman en la ciencia y la técnica de una nueva etapa histórica que va siendo superada por medio de sus propios logros; lejos de separarse de la ciencia y el método científico, y de reducirse a la elección subjetiva y la sanción irracional, las ideas metafísicas de liberación pueden convertirse en el objeto propio de la ciencia, y este desarrollo confronta a la ciencia con la tarea de volverse política porque la conversión de los fines prácticos (valores) en posibilidades técnicas se presenta como un nivel nuevo

en la dominación de la naturaleza y de las fuerzas opresoras de la sociedad. Los fines prácticos al orientar y dirigir la técnica posibilitarían el desarrollo y la utilización de los recursos tanto materiales como intelectuales liberados de todos los intereses particulares que obstruyen la total satisfacción de las necesidades humanas, es decir, sería la empresa racional para la humanización de la existencia. A medida que la tecnología se vaya independizando de su carácter explotador y determine cada vez más la producción social, teniendo en cuenta los fines prácticos, logrará la realización de una existencia pacificada.

La tecnificación de los valores es una condición indispensable para la realización del cambio cualitativo de la sociedad industrial, presupone la ruptura con la racionalidad tecnológica que prevalece en dicha sociedad y requiere a la base técnica ya desarrollada, ya que ella ha posibilitado la satisfacción de las necesidades así como la reducción del esfuerzo en el trabajo. De lo que se trata es de reconstruir la base técnica orientándola hacia fines distintos a los ya establecidos, hacia los fines que desechó la ciencia al abandonarse a la racionalización técnica de la naturaleza y de la sociedad, lo que condujo al tratamiento cientificista de todos los ámbitos de la vida humana. Con la incorporación de los fines prácticos o valores en la ciencia y la técnica se abre la posibilidad de una reflexión acerca de lo que es la realidad o de que esta cuestión puede ser contestada, la realidad ya no sería considerada un mero instrumento u objeto cuyo único fin sea la manipulación destructiva. Con la materialización de los valores en la técnica Marcuse ve que puede ser factible la desaparición de empresas irracionales como las plantas nucleares, las empresas de armamento militar y de armas químicas, así como el uso irracional de los recursos naturales e intelectuales, también prevee con

ello la desaparición paulatina del trabajo embrutecedor, agobiante y extenuante; la materialización de los valores sería el prerequisite para la automatización total, pues los fines prácticos conducirían a la ciencia hacia la construcción de máquinas que facilitarían el trabajo a los hombres con una inversión mínima de tiempo.

Con la redefinición de la técnica en términos de fines prácticos se liberarían los recursos materiales e intelectuales de todos aquellos intereses particulares que imposibilitan la satisfacción total de las necesidades humanas y que frenan el desarrollo óptimo de las facultades humanas. Esta redefinición transformaría la productividad que se desarrolla con base en la opresión en una productividad racional que se orientase a la satisfacción material y el desarrollo libre de las necesidades basado en la satisfacción. La productividad ya no estaría orientada exclusivamente por la razón tecnológica o instrumental sino en coordinación con el libre juego del pensamiento y la imaginación propios de la razón práctica que dirigiría racionalmente la construcción de una existencia humana pacificada. Se alcanzaría, en palabras de Marcuse, "*la organización racional del reino de la necesidad*"<sup>9</sup>.

Marcuse aclara que la <<*pacificación de la existencia*>> presupone la reducción cuantitativa y cualitativa del poder, que crearía el tiempo y el espacio, como estímulos autodeterminantes, para el desarrollo de la productividad.

Veamos cómo entiende la reducción cualitativa del poder. La relación entre la tecnología y la naturaleza se alteraría si la pacificación de la existencia se

---

<sup>9</sup> MARCUSE, El Hombre Unidimensional, pág. 263.

convirtiera en el fin u objetivo de la técnica, la pacificación de la existencia seguiría presuponiendo la dominación de la naturaleza pero ya no sería una dominación represiva y opresiva de la misma, como la que se presenta en la sociedad industrial, sino de una dominación *liberadora* que se orientaría a la reducción de la pobreza, de la lucha por la existencia y de la injusticia, y también a la conservación de la naturaleza y a su uso racional. La naturaleza no dominada es siempre necesidad y temor, es además materia bruta, por este motivo necesita de la mediación histórica de la civilización (*que no puede ser sólo ciencia y técnica sino también valores o fines prácticos*), gracias a ésta la naturaleza puede ser comprendida y dominada. Lo que ha sucedido en la sociedad industrial es que se ha realizado una dominación y comprensión meramente <<técnica>> de la naturaleza, en este sentido Marcuse señala que la historia consiste en la negación de la naturaleza en el sentido de que a lo largo de la historia la Razón, el poder de ésta, recrea y eleva la naturaleza, y si ésta se realiza en la historia entonces la tarea de la razón no acaba pues la historia se va construyendo, es así que la razón aún tiene tareas que cumplir en la naturaleza y si ésta es el objeto primario de la ciencia no lo es sólo como objeto de la Razón tecnológica, como objeto para la dominación, sino como el objeto de la Razón práctica o liberadora, es decir, como objeto de liberación.

El hombre como ser racional puede organizar y comprender por medio de su Razón (tanto tecnológica como práctica) a la naturaleza, de lo que se trata es de reducir su poder racional represivo y darle lugar a su poder racional liberador. Con el cambio cualitativo, la pacificación de la existencia, se *reduciría* el nivel sub-racional o irracional de la existencia humana que sólo expresa privación, sufrimiento y destrucción.



Marcuse sostiene que a medida que la razón logra racionalizar con éxito (*sin opresión ni represión*) la materia, toda existencia subracional expresará necesidad y privación y la *reducción del poder* que posibilita tales características constituiría una tarea histórica; también observa que el placer y la felicidad se alcanzan al *trascender la naturaleza sub-racional* subordinando el dominio de ésta a la liberación y a la pacificación de la existencia.

El autor de “El Hombre Unidimensional” ratifica que la sociedad industrial avanzada tiene a su alcance los medios para liberar a la naturaleza de su propia insuficiencia a través del poder cognoscitivo y transformador de la razón, y la Razón sólo es capaz de alcanzar esta meta al convertirse en Razón Postecnológica, es decir, una Razón que utilice la técnica como instrumento de pacificación, de este modo la función de la Razón técnica (racionalidad tecnológica) converge con la Razón estética (del arte).

Para especificar la racionalidad del arte *Marcuse* recurre a la idea griega de la afinidad entre el arte y la técnica: el artista tiene unas ideas que como fines dirigen la fabricación de sus obras, de la misma forma un ingeniero posee ciertas ideas que como objetivos lo orientan en la fabricación de una máquina. Con base en esto el arte, al igual que la tecnología, fabrica un universo de pensamiento y conducta diferente al establecido por la sociedad, pero a diferencia del universo técnico el del arte es un universo irreal porque no posee el poder de realizar ni de representar adecuadamente sus ideas en la realidad. La única forma de realizar estas ideas es a través de su incorporación a la ciencia y la técnica, es decir, al incorporarse a éstas los valores o fines prácticos del arte, como los de la filosofía y similares, se materializan. La técnica tiene el poder material que no posee la razón práctica del arte.

Con respecto a la reducción cuantitativa del poder, *Marcuse* nos recuerda el carácter histórico de las necesidades humanas y al respecto agrega que, más allá de las necesidades orgánicas, las necesidades sociales en una sociedad racional y libre (una sociedad donde se ha logrado la automatización total y la pacificación de la existencia a través de la incorporación de los fines prácticos en la técnica) serían distintas a las de una sociedad irracional y opresiva, como la industrial. La diferencia entre ambas situaciones la explica nuestro autor a través del concepto de <<reducción>>: La sociedad industrial avanzada origina una productividad represiva y unas falsas necesidades, es represiva en el sentido en que ella misma impone un único modelo de pensamiento y conducta y rechaza cualquier oposición al mismo, los medios de transporte y de comunicación así como los bienes de vivienda, de alimentación y de vestuario y las industrias de diversión y de información están dotados de hábitos y actitudes prescritas, un conjunto de reacciones emocionales e intelectuales que relacionan de forma placentera a los consumidores con los productos y con la sociedad en su totalidad. Así mismo las evidentes comodidades que reproduce esta productividad posibilitan su transportación a zonas menos desarrolladas del mundo donde su llegada se considera un enorme progreso en términos técnicos y humanos. En este sentido *Marcuse* descubre que sólo <<la cantidad>> de bienes y servicios, de empleos y diversiones que producen las sociedades industriales avanzadas es el factor que, en última, posibilita la contención del cambio cualitativo. Por lo tanto para posibilitarlo es necesario, a juicio de nuestro autor, una reducción cuantitativa de la producción que equivale a la reducción del superdesarrollo. Con esto *Marcuse* no pretende que la sociedad industrial retroceda a un estado de pobreza o que el nivel de vida descienda, sino más bien que se reorganice la productividad, es decir, que ésta esté dirigida por las necesidades propias

del individuo y no por las necesidades inherentes a la sociedad industrial (la necesidad de explotar extensiva e intensivamente la naturaleza, de aumentar la productividad y el trabajo alienado), que se produzca lo verdaderamente necesario y así desaparecerían lo que llama *Marcuse* “empleos improductivos” o “funciones parasitarias” dentro de las empresas. Pero lo más importante de dicha reorganización en la productividad es que se alcance el nivel máximo de automatización en la fábrica, pues con esto quedaría el trabajo socialmente necesario reducido a tiempo marginal y así el individuo tendría el tiempo libre en el que lograría su autodeterminación, pues la energía física libre (no gastada en el trabajo) no se orientaría al consumo de bienes y servicios que sirven a la satisfacción de necesidades impuestas. Este punto está relacionado con la idea de las necesidades vitales, pues lo que se busca con el cambio cualitativo es que se pase de una sociedad basada en la productividad destructiva y despilfarradora a una sociedad en la que se dé una productividad racional orientada por las necesidades originarias en los mismos individuos, es decir, que las necesidades de éstos se conviertan en una fuerza productiva social, necesidades sociales que se erijan como factor determinante de la organización y la dirección de las fuerzas productivas.

Como se señaló anteriormente es necesario reducir cuantitativamente la producción (en el sentido anteriormente señalado, la superproducción) y para esto, a juicio de *Marcuse*, el punto de partida es la emancipación de la necesidad de consumo por parte de los individuos, esta emancipación debe convertirse en una necesidad vital de los individuos. Las necesidades vitales entendidas como fuerza productiva social posibilitarían la transformación técnica de la sociedad industrial y esta transformación originaría relaciones entre los hombres, y entre éstos y la naturaleza, esencialmente nuevas. Se

lograría lo que antes habíamos mencionado: la <<pacificación de la existencia>>.

Ahora bien, el cambio cualitativo de la sociedad industrial avanzada que posibilitaría tal pacificación es visto por *Marcuse* como un proyecto que es viable porque la misma sociedad contiene tanto las fuerzas materiales como las intelectuales, que pueden ser aplicadas para la realización de una sociedad distinta. Tales fuerzas se expresan en dos niveles: el Subjetivo y el Objetivo. El Objetivo, que ya se ha tratado brevemente, está presente en la madurez de las fuerzas productivas, en el desarrollo y el progreso técnico que han generado los medios materiales para la transformación de la sociedad. El Subjetivo se expresa en la negación de los valores de la sociedad industrial avanzada por parte de los individuos, y también se ha desarrollado en parte en la idea de una nueva antropología que plantea *Marcuse* pero que necesita ser complementada con la idea de los agentes históricos de la realización del cambio cualitativo, es decir, los individuos que se encargarían de llevar a cabo dicho cambio. *Marcuse*, no vislumbra a los agentes históricos en el mismo sentido en que los ve el marxismo clásico, para este último la transformación de la sociedad estaría a cargo de la clase trabajadora, del proletariado. Para nuestro autor esta clase de los trabajadores ya no representa a los agentes históricos de la transformación porque en la sociedad industrial ya no se presenta como la clase opuesta y en contradicción a dicha sociedad, sino que se halla asimilada en esta última, hace parte de ella. Recuérdense los factores que en la sociedad capitalista han trastocado el status y el carácter de la clase trabajadora: la mecanización, la estratificación ocupacional, la identificación e integración social y cultural de los trabajadores con la sociedad capitalista y la función y el carácter de los administradores de la producción.

Para la década de los setenta fueron otros individuos los que expresaron su oposición al sistema, todos ellos convergían en lo que Marcuse llamó <<Nueva Izquierda>>, ésta se caracterizaba por varios aspectos: No era socialista ni marxista ortodoxa, pues sentía desconfianza hacia este tipo de ideologías ya que se sentía traicionada y decepcionada de las mismas, en consecuencia tampoco se centró en ningún modo en la clase trabajadora, que bebía de dichas ideologías; así mismo la Nueva Izquierda no se definía como una clase determinada, en ella convergían intelectuales, grupos defensores de los derechos civiles, grupos de la juventud (*hippies*, p. ej.), grupos del movimiento feminista, el movimiento estudiantil, y no tenían portavoces políticos sino que se expresaban a través de poetas y escritores. Para Marcuse tales grupos de oposición reflejaban el rechazo a la sociedad industrial-totalitaria que ha integrado a la clase dominada a ella misma por medio de la creación y satisfacción de necesidades superimpuestas que reproducen esa misma sociedad. Frente a este panorama la oposición a la sociedad industrial, en la década de los sesenta, se originó en grupos marginados o infraprivilegiados conformados, por las minorías raciales, las religiosas y las lingüísticas, entre otras, así como por aquellos individuos que no formaban parte importante de la producción. Otra oposición proveniente del otro extremo de la pirámide social fue la del grupo de los privilegiados que gracias a su educación y a su posición accedieron a la amplia gama de hechos y a la comprensión profunda de los mismos (a los factores que los originaron) y de ese modo se salieron de la dirección establecida por la sociedad, su educación les permitió tomar conciencia de la contradicción que reflejaba la realidad social del momento. Entre el grupo de los privilegiados encontramos un subgrupo que Marcuse denominó *nueva clase trabajadora*, conformada por los técnicos, los ingenieros, los especialistas, los científicos, etc. Estos siempre

han ocupado una posición especial en el proceso de producción y dicha posición los convierte en la clase mimada de la sociedad industrial, son los que hemos llamado en otro lugar el <<elemento de cuello blanco>>. Marcuse es consciente de que la introducción del elemento de cuello blanco en los sindicatos industriales aumentaría la conciencia sindical de esos grupos, pero no aumentaría su poder político como oposición ya que los líderes sindicales mantienen sus aspiraciones dentro del marco común de los intereses nacionales, es decir, se hallan sometidos a estos últimos.

Un segundo subgrupo de los privilegiados que hizo su aparición en los setenta fue la oposición estudiantil, en dicha época los estudiantes que expresaban una oposición activa hacia la sociedad industrial dejaban sus estudios y se dedicaban a la oposición como a un empleo de tiempo completo, es preciso preguntarse aquí: ¿A qué se oponían dichos estudiantes?, ya que se encontraban dentro de una sociedad democrática que no se legitimaba en el terror sino que funcionaba muy bien. La clase estudiantil de los sesenta se oponía a toda la forma de vida predominante en la sociedad industrial, esto es, a la forma de existencia que todo lo reduce al status de mercancía y que se apoya en la omnipresente productividad represiva y destructiva, de igual manera se oponía al terror que dicha sociedad ejercía en el exterior, en otras partes del mundo, esto es, el terror ejercido en la Guerra del Vietnam, por ejemplo. Para los estudiantes esta guerra revelaba la necesidad intrínseca a la sociedad industrial, su necesidad de expansión y agresión; lo que se buscaba con la participación en la guerra del Vietnam no era un interés económico sino el interés en detener la liberación nacional, ya que si se conseguía un triunfo en el *Vietnam* éste alentaría otras luchas de liberación en diferentes partes del mundo y de este modo el control político internacional de la sociedad industrial se debilitaría.

Marcuse fue muy cuidadoso al hablar del futuro de estos grupos de oposición (*infraprivilegiados y privilegiados*) y por ello fue consciente de sus limitaciones, en este sentido señala que dicha oposición no representó (y *tampoco hoy*) una amenaza real para el sistema de la sociedad capitalista o industrial, las fuerzas de oposición se han venido presentando en ella como medios de preparación para una crisis eventual del sistema, por ello habla nuestro autor de su papel como *consciencia preparatoria*. Para que se presentara una crisis tendrían que confluír, a juicio de Marcuse, tendencias subjetivas y objetivas independientes tanto de índole política como económica y social, pero estas tendencias no están solidarizadas en la sociedad industrial y tampoco poseen una base de masas grandes. Frente a esta pesimista perspectiva lo único que plantea Marcuse es mantener y reproducir la oposición, expresar el <<*Gran Rechazo*>>, y quienes lo hagan no serán ya la clase obrera sino las <<*fuerzas externas*>> que él reconoció en el *Lumpenproletariado* y las masas marginadas del Tercer Mundo. La oposición a la sociedad industrial la vislumbra Marcuse en la masa de aquellos que siguen siendo explotados, de los perseguidos por la raza o el color, de los desempleados, de los que han sido proscritos de la sociedad, éstos se encuentran por fuera del proceso democrático y por lo tanto su oposición se origina desde fuera del sistema, desde el exterior, y se expresa en la reivindicación de los derechos civiles más elementales a través de numerosas manifestaciones políticas en las que nunca dejará de enfrentarse a chorros de agua, a tanques, a la fuerza pública, a piedras y a perros, a la cárcel y hasta la pérdida de la vida.

Pero vale la pena recalcar que en la sociedad industrial avanzada actual la oposición proviene de la masa de las minorías y éstas encuentran en el

derecho una gran arma, las peleas se llevan a cabo en los tribunales y esto gracias a que las luchas y los debates sobre los derechos humanos gozan de una gran trayectoria con más victorias que derrotas. El gran legado de los años sesenta ha sido ese grupo de movimientos que se oponen a los vicios y defectos del sistema de la sociedad industrial, hoy perviven los movimientos feministas, los movimientos de los derechos civiles, los movimientos estudiantiles tanto en el interior como en el exterior de las aulas, asimismo es valiosa la oposición y los éxitos de numerosos grupos ecologistas (*Green Peace*) cuya mayor dificultad ha sido la permanencia de plantas nucleares por todo el mundo. De igual manera es numeroso el grupo de intelectuales, poetas y hasta científicos que se han solidarizado para contener el poder destructivo de la civilización industrial. Faltan muchas conciencias que ganar, pero hay que continuar con esta ardua labor de concientización para salvar lo poco bueno que queda en nuestras sociedades ya que es mucho peor el quietismo y el derrotismo que la crítica asidua que revela la verdad dolorosa, pues aquéllos sirven para reproducir el mismo sistema represor y destructor.



## CONCLUSION

La sociedad industrial avanzada está permanentemente preparada para contener el cambio cualitativo. La base material para dicha contención radica en la imposición de necesidades falsas que se le presentan al individuo como suyas cuando éste las internaliza, la satisfacción de tales necesidades es realizada por la misma sociedad a través de su intensificada y diversificada productividad que ofrece cantidades ilimitadas de bienes y servicios cuya adquisición es experimentada por el individuo como <<libertad>>, pero es una libertad engañosa en tanto que se reduce a la elección entre una amplia gama de productos y no a la libertad de ejercer la autonomía tanto en la vida privada como en la pública. En realidad la sociedad industrial se presenta como un sistema de la no-libertad en tanto que ella es la que impone un marco de conducta y de pensamiento a los individuos e imposibilita maneras de pensar diferentes, y quizá más racionales, al mismo. Y en este sentido se trata de una sociedad represiva que imposibilita la emergencia de alternativas históricas frente a la misma.

Es importante destacar que *Marcuse* afirma cómo la productividad de este tipo de sociedad es destructiva por el hecho de que lleva a cabo una explotación de los recursos naturales irracional, esto es, produce deforestación, contaminación ambiental, desechos tóxicos, la infertilidad de la tierra, la extinción de los animales, etc. Aquí sería preciso tener en cuenta la época desde la que escribe nuestro autor, pues en la actualidad la sociedad industrial avanzada ha tomado medidas frente a la presión de los movimientos

ecologistas y así se han creado normas y medios materiales conducentes a la protección del hábitat natural, claro está que aún no se ha eliminado del todo la irracionalidad de la producción pues aún persiste el temor a una eventual contaminación del medio ambiente a causa de los desechos tóxicos de las plantas nucleares y de otras fábricas. Lo que sí no se ha podido frenar es la producción del despilfarro en la que tanto hace énfasis *Marcuse*, pues aún persiste la producción de bienes y servicios innecesarios que son impuestos al individuo a través de los medios masivos de comunicación y de esta forma se constituyen en nuevas formas de control social, de administración social. En el mismo aparato productivo es donde se encuentra el mayor obstáculo para la realización del cambio cualitativo pues es sólo a través de la producción de cantidades que se realiza la contención de dicho cambio. Es por esto que un prerrequisito para la realización del mismo es, a juicio de *Marcuse*, la reducción del superdesarrollo, de la cantidad de la producción. Nótese que nuestro autor no habla de eliminar la producción sino de un cambio cuantitativo de la misma, de su reducción. Y esto va aparejado con una reorganización de las necesidades pues la productividad despilfarradora y la imposición de falsas necesidades se constituyen en el fundamento de la sociedad industrial. La necesidad dominante en esta sociedad es la necesidad de consumo, los individuos se reconocen en sus mercancías y éstas son creadas por el aparato productivo.

Para la reorganización de las necesidades *Marcuse* habla de la idea de una nueva antropología, esta idea se refiere a la negación de las necesidades que reproduce e impone la sociedad industrial, y la primera necesidad que había que combatir es la necesidad de consumo, esta negación debe convertirse en una necesidad vital en los individuos pues con ésta empezaría a

desestabilizarse la misma productividad y se posibilitaría la reorganización de la misma a partir, no ya de las necesidades creadas por la sociedad industrial, sino por los mismos individuos, por sus propias necesidades, las necesidades originadas en ellos mismos. En este sentido *Marcuse* se refiere a las necesidades vitales, opuestas a las necesidades falsas, como fuerzas productivas sociales, es decir, ellas orientarían el aparato productivo a la pacificación de la existencia, llevarían a cabo una transformación técnica de la sociedad que conduciría a nuevas relaciones entre el hombre y la naturaleza, y entre los mismos hombres. Lo que no aclara o explica *Marcuse* es cuáles serían esos bienes y servicios innecesarios cuya producción habría que reducir o eliminar, ni cómo se haría, pues se podría pensar primero quizá en un análisis preliminar del mercado para detectarlos y luego mostrar de alguna forma a los individuos por qué son innecesarios, lo cual se enfrenta con una ardua labor de conscientización y de una transformación de los medios masivos de comunicación para que dejaran de ser vehículos de manipulación y control para convertirse en medios de verdadera y relevante información, así como de educación.

Lo relevante del tratamiento de las necesidades falsas es la denuncia de su poder manipulador de la conciencia que precisa ser erradicado para que los individuos tengan la posibilidad de pensar por sí mismos, de ser autónomos y no permanecer siendo como un rebaño de ovejas que se deja guiar por el pastor sin darse cuenta cuándo los conduce al matadero. Es imprescindible rescatar la independencia del pensamiento, la autodeterminación que tanto pregonaba la misma sociedad industrial.

Otro factor que imposibilita la emergencia y realización del cambio cualitativo es la ausencia de agentes históricos revolucionarios. En la sociedad industrial avanzada ya la clase trabajadora (la fuerza revolucionaria presente en las

etapas anteriores de dicha sociedad) ya no representa la oposición a la misma sino que ahora ha sido integrada en la sociedad capitalista, sus exigencias se reducen a reivindicaciones de grupo que no buscan transformar la sociedad sino que se limitan a exigir mejoras salariales, mejoras en las condiciones del trabajo, en la calidad de la productividad, y cosas similares, que la misma sociedad ya ha satisfecho en gran medida. Esta integración de la clase trabajadora no es negativa en el sentido de que, en comparación con las condiciones en que se realizaba el trabajo antes y que denunció Marx, ahora los trabajadores pueden exigir mejoras y de hecho son satisfechas, ya el trabajo no se realiza en condiciones infrahumanas, en parte gracias a la mecanización. Pero lo que aún no se ha eliminado son ciertos empleos improductivos e innecesarios, que tampoco *Marcuse* señala cuáles son, así como el mayor ritmo y tiempo de trabajo que no les deja a los individuos ese tiempo libre del que nos habla como el espacio en el que aquéllos se podrían conocer a sí mismos y comprender a su sociedad. Con la reducción de la producción superflua (como la producción de lujos, etc.) se reducirá el tiempo socialmente necesario a tiempo marginal y tal reducción estaría acompañada de la automatización total del trabajo en las empresas y de este modo los individuos tendrían una vida privada gracias al tiempo libre del que dispondrían.

Frente a la ausencia de las fuerzas revolucionarias clásicas, *Marcuse* señala cómo en los años sesenta la oposición estaba representada en otros grupos sociales que se reunían en lo que él denominó la Nueva Izquierda, en ésta convergían las oposiciones del movimiento estudiantil, del movimiento de los derechos civiles, de los grupos feministas, de los grupos de la juventud, de los intelectuales, etc., el hecho de que convergieran no quiere decir que se

apoyaran entre sí, pues cada uno de ellos atacaba un aspecto determinado de la sociedad industrial y de esta manera carecían, de lo que denomina *Marcuse*, una base de masas, les hacía falta solidarizarse. Por este motivo nuestro autor no ve hoy en ninguno de estos movimientos una fuerza revolucionaria de gran alcance sino sólo un movimiento que cumple una función preparatoria, es decir, prepararse para una crisis eventual en el sistema establecido, haría falta entonces no sólo la existencia de estos grupos de oposición para que se diera una crisis sino también la influencia de factores sociales y económicos.

Lo que impera en la sociedad industrial avanzada es un modo de pensar y de actuar único impuesto por esa misma sociedad y este modo de conducta y pensamiento es reproducido por el operacionalismo en las ciencias naturales y por el behaviorismo en las ciencias sociales, lo que impera es la razón instrumental en todos los ámbitos de la vida, y ésta está presente en el método científico. *Marcuse* sostiene que en la racionalidad científica está presente un a priori tecnológico, es decir, una forma de comprender y de organizar la naturaleza sólo pensada como instrumento, como objeto controlable y manipulable. La racionalidad científica excluye de la comprensión de la naturaleza todos los valores o fines prácticos que, antes del advenimiento del desarrollo y el progreso, hacían parte constitutiva de la misma. La técnica al separar la naturaleza y los fines prácticos sólo puede organizar a ésta con base en sus propios principios, es decir, con base en sus conceptos funcionales, en su propia racionalidad; en este sentido *Marcuse* añade que el a priori tecnológico deviene en un a priori político pues con la dominación de la naturaleza a partir de la racionalidad tecnológica se llega a la dominación de los hombres, es decir, la producción del aparato productivo-técnico sirve para dominar y manipular a los individuos de la sociedad industrial, el mismo tipo

de organización de la naturaleza se traslada a la sociedad, el hombre se convierte en un objeto manipulable, su rendimiento puede ser medible, cuantificable, su conducta puede ser controlada.

La relación entre técnica y política presentada por *Marcuse* expresa la idea de que el aparato productivo, apoyado por el progreso científico y tecnológico, es utilizado por el aparato político para su legitimación, es decir, para ejercer su poder represivo sobre los individuos. Es represivo porque la economía está controlada por la política, ésta decide lo que se puede o no producir (armamento, sustancias químicas dañinas, formas de diversión violenta y destructiva, etc.) y así lo que es producido es ofrecido a los individuos para que obligatoriamente lo consuman. Pero el mayor énfasis lo pone *Marcuse* en el <<a priori tecnológico>> propio de la ciencia moderna en el cual se encuentra un modo particular (el cientificista) de proyectar y dirigir la organización de la sociedad y no sólo de la naturaleza. Este punto de vista resulta bastante problemático pues con él no se le admitiría una neutralidad a la ciencia y a su método.

En este sentido se hace necesario retomar la tesis marcusiana que denuncia la no neutralidad de la ciencia y la tecnología. *Marcuse* está convencido de que la ciencia posee un <<a priori tecnológico>> que se expresa en el método científico y en sus principios o conceptos, éstos poseen una estructura meramente instrumental que posibilita la manipulación o instrumentalización, meramente técnica, de la realidad, ésta sólo puede verse como un objeto controlable, medible y calculable, no como un objeto para realizar valores y fines prácticos. Esta idea de la función opresora y dominante de la ciencia y la tecnología sobre la naturaleza es reinterpretada por Jürgen Habermas en

“Ciencia y Técnica como <<Ideología>>”<sup>10</sup>. Habermas comparte con Marcuse la tesis de que la ciencia y la técnica son ideológicas, cumplen con una función de dominación social, pero no por la razón que presenta Marcuse, es decir, por el carácter funcional de los principios científicos. Es poco verosímil que la ciencia contenga ella misma, en su teoría, oscuros intereses que se orienten a la implantación de una organización de la naturaleza y de la sociedad totalmente irracional que reproduzca la injusticia, la pobreza y el sufrimiento. Sí se puede hablar de la neutralidad de la ciencia, sus conceptos y su método están orientados a la dominación y transformación exitosa de la naturaleza, del entorno natural así como de un << *mundo objetivo* >> en el que sólo se aplican las leyes y los procedimientos técnicos, el << *mundo objetivo* >>, que Habermas distingue del << *mundo social* >> y el << *mundo subjetivo* >>, es un terreno en el que sólo existen objetos o cosas, no personas.

Habermas sigue a *Arnold Gehlen*<sup>11</sup> en su consideración sobre la relación inmanente entre la técnica y la estructura propia de la *acción racional orientada a fines*, si se da por sentada dicha relación se puede entender la técnica como una materialización de la *acción racional orientada a fines*. De este modo la evolución de la técnica se puede interpretar como la proyección, al nivel de los medios técnicos, de los elementos funcionales de la acción racional orientada a fines que en principio radican en el cuerpo humano: primero habrían sido reforzadas y reemplazadas las funciones del aparato locomotor, más tarde la producción de energía en el cuerpo, luego la función de los diferentes sentidos, y finalmente las funciones del cerebro.

---

<sup>10</sup> HABERMAS, JÜRGEN. Ciencia y Técnica como Ideología. Ed. Tecnos, Madrid, 1978.

<sup>11</sup> IBID, página 61.

La encrucijada en la que se vio Marcuse fue la de achacarle a la ciencia la función de proyectora y directora de una forma de vida irracional, de una sociedad industrial totalitaria con base en un <<a priori tecnológico>>. Por este motivo Habermas plantea otra explicación para comprender cómo la sociedad industrial avanzada se volvió irracional y cómo la ciencia y la tecnología han colaborado en ello.

Para reinterpretar la tesis marcusiana Habermas parte de la distinción entre *trabajo o acción racional orientada a fines e interacción o acción comunicativa*, y luego pasa a analizar la transición de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas para pasar luego a las sociedades industriales avanzadas y explicar el papel ideológico de la Ciencia y la tecnología en dichas sociedades.

*Trabajo o acción racional orientada a fines* es entendido por Habermas como *acción instrumental, elección racional* o como una combinación de las dos. La *acción instrumental* se orienta por *reglas técnicas* que provienen del *saber empírico* y sirven para hacer pronósticos de sucesos observables físicos o sociales, dichos pronósticos pueden ser verdaderos o falsos. La *elección racional* se orienta por estrategias deducidas de un saber analítico, pueden estar bien o mal *deducidas*, la deducción se hace a partir de sistemas de valores y máximas generales. La *interacción o acción comunicativa* consiste en una *interacción realizada por medio de símbolos*, se rige por normas intersubjetivamente válidas que definen <<*expectativas recíprocas de comportamiento*>> que deben ser entendidas y reconocidas al menos por dos sujetos; a este tipo de acción pertenecen las acciones humanas que reconocen como válidas normas morales en el amplio sentido de la expresión, es decir,



normas cuya validez se basa en su reconocimiento por parte de los sujetos. La acción racional orientada a fines exige el aprendizaje del saber acumulado en la tradición de las ciencias naturales así como la adquisición de habilidades, y esto permite la resolución de problemas por medio de la manipulación de las leyes empíricas o analíticas propias del campo objetual de las ciencias. Por otro lado, la *acción comunicativa* exige la internalización de las normas morales presentes en la tradición cultural así como la configuración de las estructuras de la personalidad, dicha configuración reproduce en nosotros las motivaciones que nos hacen aceptar las normas morales y actuar de acuerdo con ellas.

Con base en la distinción entre *acción racional orientada a fines* y *acción comunicativa* se pueden distinguir en una sociedad a los sistemas sociales según se presente un tipo de acción o el otro en ellos. Es así que Habermas distingue entre el <<*marco institucional o mundo socio-cultural de la vida*>> y los <<*subsistemas de acción racional orientada a fines*>> insertos en dicho marco. En el *marco institucional* de la sociedad predomina la *acción comunicativa*, mientras que en los *subsistemas* como el aparato estatal y la esfera económica impera la *acción racional orientada a fines*; en otros subsistemas, como la familia, aunque se presente un gran número de tareas y habilidades lo que predomina son reglas morales de interacción.

Habermas hace la distinción entre sociedades *tradicionales* y sociedades modernas con base en la preponderancia del marco institucional o de los subsistemas de acción orientada a fines en cada una de ellas; las sociedades tradicionales se caracterizan por tres aspectos: poseen un poder estatal centralizado, se dividen en clases socioeconómicas que participan

desigualmente de las cargas del trabajo y del producto social excedente, y por último, existe una cosmovisión central (*mito o religión desarrollada*) que se encarga de explicar el orden del cosmos y de la sociedad y que además le da sentido a la vida de los individuos y *legitima* el reparto *desigual* del trabajo y del excedente de la producción. En las sociedades tradicionales el marco institucional posee superioridad sobre los subsistemas de acción racional orientada a fines al mantener a éstos dentro de los límites del fundamento legitimante de las tradiciones culturales (interpretaciones míticas, religiosas o metafísicas de la realidad). En este sentido Habermas señala:

“Este <<*criterio de superioridad*>> resulta, por tanto, aplicable a todos los estadios de una sociedad de clases altamente organizada, que se caracterice por el hecho de que la validez cultural de las tradiciones intersubjetivamente compartidas... no es puesta explícita o seriamente en cuestión según los criterios de una racionalidad universalmente válida —ya sea la de las relaciones instrumentales o de las relaciones estratégicas”<sup>12</sup>.

Cuando surge el sistema capitalista de producción, que provee al sistema económico de un mecanismo autorregulado que garantiza un crecimiento de la producción no libre de crisis pero continuo a largo plazo, se institucionaliza la introducción de nuevas tecnologías y estrategias. Con la introducción de estos elementos, señala Habermas, se inicia el desarrollo continuo de los subsistemas de acción racional orientada a fines y a partir de esto la superioridad tradicional del *marco institucional* se derrumba, las interpretaciones míticas y religiosas del cosmos son ahora sustituidas por las interpretaciones *científicas*. Con el desarrollo de la Economía y la revolución industrial en las sociedades modernas, la distribución desigual del trabajo y

---

<sup>12</sup> IBID, pág. 74.

del excedente ya no se legitima mediante el recurso al mito o a la religión, ahora tal distribución se legitima con base en el *trabajo social*, de este modo el dominio político viene a legitimarse en la racionalidad del mercado, en la ideología del libre intercambio, en las relaciones legítimas de producción. La forma de producción capitalista socava el poder legitimador de las tradiciones culturales y los sustituye por el poder legitimador del sistema económico, como anota Habermas:

La superioridad de la forma de producción capitalista estriba en las dos cosas siguientes: en la instauración de un mecanismo económico que garantiza a largo plazo la ampliación de los subsistemas de acción racional con respecto a fines y en la creación de una legitimación económica bajo la que el sistema de dominación puede adaptarse a las nuevas exigencias de racionalidad que comporta el progreso de esos subsistemas<sup>13</sup>.

**Al contrario de las sociedades tradicionales, en las sociedades modernas el subsistema de acción racional orientada a fines invade y hace tambalear al marco institucional, esferas de la vida humana que son clave dentro del sistema económico son dominadas por tipos de acción racional orientada a fines, es así que la organización del trabajo, del transporte, de las comunicaciones, de la esfera judicial, etc., es transformada según los criterios de la racionalidad técnica o estratégica, y no sólo invade estos sectores más cercanos a la esfera económica sino también a otros sectores más cercanos al tipo de acción comunicativa como la familia, la enseñanza, las diversiones, de esta manera los criterios de la racionalidad técnica se apoderan del comportamiento humano en general.**

---

<sup>13</sup> IBID, página 77.

En este orden de ideas se va haciendo claro cómo la legitimación del poder en la sociedad moderna se constituyó en la legitimación de la opresión institucionalizada de unas clases sobre otras (burgueses sobre clase asalariada) a partir de la organización del sistema productivo capitalista. Habermas anota que aunque esta legitimación burguesa nació de la crítica de la ideología de las sociedades tradicionales y se apoyó en la ciencia moderna, ella misma pecó también de ideología, pues el criterio económico del libre contrato de trabajo originaba la esclavitud de la clase asalariada. Evidentemente esta consecuencia hace parte de la sociedad capitalista liberal clásica y fue denunciada por Marx en su *“Crítica de la Economía Política”* en la cual señalaba el papel de las fuerzas productivas como agentes de la ilustración política, el desarrollo continuo de las mismas conllevaría a las crisis del capitalismo las cuales revelarían la estructura social injusta al sacar a la luz las contradicciones entre la inmensa riqueza social de una élite y la pobreza extrema de la mayor parte de la población. De ese modo las crisis económicas ilustrarían a los individuos sobre la irracionalidad y la injusticia inherentes a la organización social a la que pertenecían.

En la sociedad industrial avanzada o capitalista tardía el desarrollo de las fuerzas productivas ya no cumple esa función de ilustración crítica que Marx veía, pues ahora se han convertido en fuente de legitimación del poder político. Este es el punto en el que concuerdan Habermas y Marcuse.

Veamos ahora cómo, con el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo tardío, la ciencia y la técnica se han vuelto ideologías, legitimadoras del poder político en la sociedad industrial avanzada.

Habermas ve que el capitalismo tardío se caracteriza por dos aspectos: por una creciente intervención estatal en la economía, y por la estrecha interdependencia entre la técnica, la investigación y sus aplicaciones económicas. El primero de estos aspectos, la intervención del Estado en la economía, obedece a la exigencia de proteger al sistema de las contradicciones que se pudieran presentar en el proceso económico capitalista que se autorregula, el Estado adquiere entonces la función de corregir y estabilizar las tendencias autodestructoras del proceso económico. “La regulación a largo plazo del proceso económico por la intervención del Estado se produce como una reacción frente a las amenazas que representan para el sistema las disfuncionalidades del proceso económico capitalistas cuando queda abandonado a sí mismo”<sup>14</sup>. De este modo se asiste a la repolitización del marco institucional, y de igual manera se transforma la relación entre el sistema económico y el sistema de dominio, entre <<base>> y <<superestructura>> pues ahora el funcionamiento de la base es controlado y dirigido por la superestructura del poder político. Asimismo tampoco resulta ya probable plantear una crítica a la ideología como lo llevó a cabo Marx en su *Crítica de la Economía Política*, pues ahora el sistema de dominio no puede ser criticado con base en las relaciones de producción pues éstas ya no lideran la dirección de la economía sino el Estado mediante una política económica y social.

En tales condiciones el poder político de las sociedades del capitalismo tardío se ve en la urgencia de adoptar un nuevo tipo de legitimación que ya no correspondería con la legitimación con base en las tradiciones culturales propias de las sociedades tradicionales ni con la legitimación basada en el

---

<sup>14</sup> IBID, pág. 81.

trabajo social (*base económica*) propia de las sociedades capitalistas liberales o modernas.

*¿Cómo se legitima entonces el poder político en las sociedades capitalistas avanzadas?* Habermas señala que en este tipo de sociedades la ideología del libre intercambio de valores es reemplazada por un plan político-económico del Estado o <<*programa sustitutorio*>>, diseñado para subsanar las disfuncionalidades de dicho intercambio; entre sus objetivos está amortiguar y controlar las crisis económicas, conservar una tasa de crecimiento adecuada, corregir la agudización de las diferencias de clase propia de un capitalismo autorregulado, proporcionar estabilidad en el puesto de trabajo y en los ingresos, así como la seguridad social y la oportunidad de ascensos en el trabajo. A raíz de esto el control del desarrollo económico por parte del Estado se reduce a la solución de problemas *técnicos*, con ello la política deja de estar orientada a la solución de problemas *morales* los cuales sólo pueden ser tratados con base en una racionalidad comunicativa o simbólica, la política se orienta ahora con base en la racionalidad <<*técnica*>> que sirve adecuadamente para diseñar medidas conducentes al incremento de la tasa de crecimiento económico, a la prevención de futuras crisis, a la redistribución de los ingresos sin arriesgar la estabilidad del sistema. Con la tecnificación de la política Habermas observa que se vuelve impracticable cualquier control democrático del poder por medio de una opinión pública que discuta las decisiones del mismo a partir de un punto de vista moral, la forma en que el Estado afronta las tareas técnicas no es objeto de discusión.

Para evitar cualquier discusión de las tareas técnicas, y de cualquier otra cuestión, desde un punto de vista moral la política recurre a la *despolitización de las masas*, ésta se logra a través de la ideología que desarrollan la ciencia y

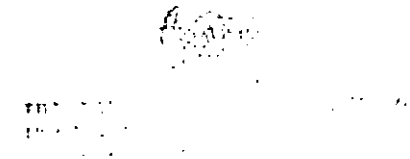
la técnica. Como se dijo anteriormente el segundo aspecto que más caracteriza al capitalismo tardío es la interdependencia entre la técnica y la investigación, la institucionalización de una investigación científica encaminada a la innovación tecnológica y a la aplicación de ésta en la industria. Es así como en la sociedad industrial avanzada es común el fenómeno de la inversión de inmensas sumas de dinero en la investigación por parte de muchísimas empresas y también el Estado invierte enormes sumas de capital en la investigación científica para fines militares y de aquí el fenómeno se traslada hacia la industria civil. Y es en este fenómeno donde Habermas descubre que la ciencia y la técnica han llegado a convertirse en legitimadoras ideológicas de una organización socioeconómica injusta e irracional y del poder político que la dirige. La ciencia y la técnica se constituyen en la pieza fundamental del proceso económico (que es controlado por el Estado) pues el desarrollo progresivo de las mismas induce la revalorización del capital abstracto, ésta a su vez mantiene una tasa de crecimiento económico alta y esta tasa es la que hace posible que aumenten los niveles de consumo, que es en últimas lo que más le interesa a las masas de la sociedad. Como la manipulación de la ciencia y la técnica es una cuestión *técnica*, es decir, no susceptible de discusión pública, el Estado despolitiza las *masas* al hacerles ver la necesidad de desarrollar a toda costa a aquéllas (ciencia y técnica), puede decirse que recurre a la estrategia propagandística del papel imprescindible que cumplen la ciencia y la técnica en el progreso de la civilización. Paralelo a esto la participación democrática en discusiones *morales y prácticas* es reemplazada por la participación democrática en **la elección de las personas o los partidos** que ejercerán el control estatal. De este modo queda desterrada del panorama público cualquier discusión con base en la racionalidad comunicativa o práctica, quedan en suspenso cuestiones como los problemas de un desarrollo

científico y técnico incontrolable, las limitaciones y desventajas de una continua tasa de crecimiento elevada, los trastornos de la inflación, etc. Con la despolitización de las masas se erige la ideología según la cual la organización racional de la existencia y la felicidad humana dependen exclusivamente del progreso científico-técnico. En este orden de ideas la interpretación de la realidad y del hombre en la sociedad del capitalismo tardío se realiza a partir del modelo tecnicista de la racionalidad tecnológica, en ella la política excluye, de la discusión pública, los problemas morales que surgen dentro del proceso político-económico y legitima el poder por medio del recurso propagandístico a su eficaz labor administrativa del desarrollo científico y técnico que le garantiza a los individuos un mayor consumo, más tiempo de ocio (no tiempo libre) y estabilidad laboral. La consecuencia de este modo de proceder, y que Habermas resalta, es muy particular:

La implantación moral de un orden sancionado, y con ello de la acción comunicativa, que se orienta de conformidad con un sentido articulado lingüísticamente y que presupone la interiorización de normas, se ve disuelta, cada vez con más amplitud, por formas de comportamiento condicionado, mientras que las grandes organizaciones como tales se presentan cada vez más con la estructura de la acción racional con respecto a fines. Las sociedades industriales avanzadas parecen aproximarse a un tipo de control del comportamiento dirigido más bien por estímulos externos que por normas...La signatura psicosocial de la época se caracteriza menos por la personalidad autoritaria que por la desestructuración del superego. Pero este incremento del *comportamiento adaptativo* es sólo el reverso de la continua erosión de la esfera de la interacción mediada lingüísticamente, bajo la presión de la estructura de la acción racional con respecto a fines<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> IBID, pág. 90-91.





Hasta aquí resulta evidente cómo Habermas llega a la misma conclusión que llegó Marcuse: La ciencia y la tecnología se han vuelto legitimadoras del dominio en la sociedad industrial avanzada, pero Habermas no apela al <<*a priori tecnológico*>> que Marcuse rastrea en la ciencia sino a la intervención estatal en el proceso económico y a la inversión de exorbitantes sumas de dinero en la investigación científica para fines técnicos. La ciencia no sería ideológica a causa de sus propios principios y su método, sino por la extensión de su tipo de racionalidad (instrumental, que forma parte de la acción racional con respecto a fines) a todos los ámbitos de la vida humana gracias al papel propagandístico del Estado, para el cual el desarrollo y el progreso científicos se constituyen en la pieza clave para ejercer el poder político a través de la incorporación de dicho progreso en la producción, que ya no se autorregularía sino que estaría igualmente dirigida por el aparato estatal. De este modo puede uno percatarse cómo y porqué la producción en la sociedad industrial es irracional al orientarse a la fabricación de material bélico, de armamento nuclear y químico, etc. Y con este proceder se llega, a juicio de Habermas, a socavar y resquebrajar la *interacción o acción comunicativa* que se encargaría de tratar las cuestiones morales que se originarían paralelamente al desarrollo y al progreso de la ciencia y la tecnología.

Sin embargo, pese a este defecto de la tesis marcusiana, su análisis de la sociedad industrial avanzada no deja de tener relevancia en la comprensión de la misma. En la actualidad es de mucha importancia la denuncia de Marcuse del poder represivo que ejerce una sociedad, industrial avanzada o de otro tipo, sobre sus individuos, especialmente si los instrumentos para la represión son los medios masivos de comunicación que transmiten hábitos y pensamientos unidimensionales sin permitir desarrollar formas de pensar y de

actuar alternativas condicionando así la vida de los individuos. De igual manera cualquier sociedad muestra su *irracionalidad* cuando sus mismas empresas de diversión fomentan la violencia y la destrucción.

El cine es una empresa del entretenimiento, aunque con algunas excepciones, que se lucra con la exhibición de la violencia, recordemos todas esas películas en que mientras más matanzas y sangre se muestre son las más acogidas por el público espectador. Y la violencia no sólo se muestra en estas películas sino también en las pornográficas, la pornografía se apoya en la libertad de tener sexo con quien se quiera, pero esta libertad ha mostrado un efecto que, aunque es repudiado, ella misma ha posibilitado, éste es la pornografía infantil y la prostitución. Otro efecto que tampoco se esperaba es que la misma tecnología, que tantos logros le ha dado al hombre, haya prestado su ayuda a dicha empresa, hoy día un cassette de video sirve tanto para grabar la visita que hace el Papa a un país como para grabar a niños y niñas que son abusados sexualmente, la prostitución es otra empresa que mueve grandes masas de dinero y revela, junto con la pornografía, el máximo estado de *objeto* o *mercancía* al que puede llegar una persona. Todo esto es posible en una sociedad en la que todos los ámbitos de la vida humana son regidos por la racionalidad tecnológica, en una sociedad en la que el Estado se preocupa de tiempo completo por la resolución de cuestiones técnicas y deja sin espacio el debate sobre las cuestiones morales.

Aunque el análisis de Marcuse se centra en la sociedad industrial avanzada puede servir para la comprensión de los hechos que se dan en otras sociedades. Si bien en la sociedad que analiza nuestro autor la contención del cambio cualitativo ha sido posible debido a factores como la ausencia de los

agentes transformadores, a causa de la asimilación de la clase trabajadora, y de la mitigación del trabajo físico así como del incremento del nivel de consumo, en otras sociedades, como la nuestra, el cambio cualitativo no es imaginable y si lo fuera sería igualmente frenado, ya no por los mismos factores presentes en la sociedad industrial, sino por otros, entre los cuales podrían estar, dentro del campo de la especulación, la falta de empleo y la falta de modernización avanzada en varias empresas. Decimos que la falta de empleo porque es tan alta la masa de desocupados que cualquiera se aferra a su empleo aunque le paguen un salario bajo, pues si se queja y amenaza con renunciar siempre habrá una gran mayoría de desocupados dispuestos a reemplazarlo y hasta por menos salario. La modernización moderada y la no-modernización de muchas empresas también contendrían el cambio cualitativo, ya que en sociedades como la nuestra es más rentable ofrecer empleos que exigen mayor cantidad de trabajo físico que mental, pues la mayoría de desempleados se ven obligados a aceptar dichos empleos a causa de la falta de oportunidades de acceder a la educación universitaria o tecnológica, y en la mayoría de los casos ni a la secundaria.

Estas son sólo hipótesis que merecerían un estudio más amplio y profundo, y que servirían para iniciar una investigación sobre la imposibilidad del cambio cualitativo en una <<*sociedad no-industrial avanzada*>>.

Volviendo a Marcuse, lo destacable de su análisis es que ha mostrado la irracionalidad de la sociedad industrial avanzada, que se expresa en la función *represiva* de la misma. Esta idea ya estaba bosquejada en su obra "*Eros y Civilización*" en la que partía de "El Malestar en la Cultura" de Freud, específicamente de la idea freudiana de que el desarrollo de la civilización

exige de los hombres la represión de sus instintos. Dicha represión se realiza con la subordinación de Eros, principio del placer, al principio de la realidad, el trabajo. Lo que introdujo Marcuse a ese planteamiento fue el concepto de <<represión excedente>>, es decir, la sociedad industrial le exige al individuo una represión mayor de sus instintos de la que ellos pueden conceder, y esto lo hace porque su sistema socioeconómico se basa en el dominio y la explotación. Para Marcuse el dominio se diferencia de la *autoridad racional* en que ésta se origina en la conciencia (como capacidad y competencia para administrar sin represión ni opresión) y se limita a administrar las funciones y las medidas necesarias para el progreso de la sociedad; el dominio, por el contrario, es aquel que utiliza el poder material e intelectual para que intereses particulares o de grupo mantengan y refuercen su posición en la sociedad. De este modo lo que se implantó en la sociedad industrial avanzada fue una *racionalidad represiva* que desarrolló una productividad destructiva y despilfarradora que se basó en el trabajo alienado (principio de prestación). Lo que reivindica Marcuse en su análisis es la desaparición de este tipo de trabajo en aras de otro, el trabajo <<libre y creativo>> que se originaría con *automatización total* y con la *materialización de los valores en la técnica*. Aunque en la sociedad industrial avanzada la alienación del trabajo ha llegado a ser imperceptible gracias a la sustitución del trabajo muscular y físico por el trabajo mental, y gracias también a la productividad que genera un alto nivel de consumo gracias al mismo trabajo, todavía es criticable el aumento en la intensidad del tiempo de trabajo, Marcuse vislumbró la posibilidad de disminuir la jornada laboral en aras de la felicidad de los individuos. ¿Por qué se debe pensar que el crecimiento de la productividad ha de ser la directriz que rija la vida del individuo?, pensemos tan sólo en el número de personas que trabajan en dos o tres empleos, ¿dónde queda su tiempo libre?, ¿qué

momentos dedican a sus familias y a la reflexión meditada de las cuestiones morales de su sociedad?

El análisis de Marcuse nos da una luz para reflexionar y preguntarnos qué tan irracional puede ser nuestra sociedad, y de igual manera nos exhorta a explorar los caminos para superar tal irracionalidad.

## BIBLIOGRAFIA

### BASICA:

- (1) MARCUSE, HERBERT. *El Hombre Unidimensional*, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1993.
- (2) \_\_\_\_\_ . *El final de la Utopía*, Ed. Ariel, Barcelona, 1986.
- (3) \_\_\_\_\_ . El problema de la violencia en la oposición.   
\_En: *El Final de la Utopía*. Ed. Ariel, Barcelona, 1986.
- (4) \_\_\_\_\_ . "La Rebelión de los instintos vitales". En:   
Revista "Ideas y Valores" No. 57-58. Santafé de Bogotá, 1980. Págs. 69-73.
- (5) \_\_\_\_\_ . *Eros y Civilización*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1976.
- (6) HABERMAS, JÜRGEN. *Ciencia y Técnica como ideología*. Ed. Tecnos, Madrid, 1978.

### COMPLEMENTARIA:

- (1) UREÑA, ENRIQUE. *La teoría crítica de la sociedad de Habermas*. Ed. Tecnos, Madrid, 1978.
- (2) COLLETTI, LUCIO. *La Superación de la ideología*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1982.
- (3) JARAMILLO VELEZ, RUBEN. "Presentación de la Teoría Crítica de la Sociedad". En: *Revista Argumentos* No. 2, Bogotá, marzo 1982.

- (4) MARCUSE, HERBERT. Fundamentos de la Filosofía Hegeliana. (Introducción). En: *Razón y Revolución*. Alianza Editorial, Barcelona, 1984, página 9-34.
- (5) HORKHEIMER, MAX. La función social de la filosofía. En: *Teoría Crítica*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1990.
- (6) FREUD, SIGMUND. *El malestar en la cultura*. Siglo XXI, México, 1985.
- (7) FROMM, ERICH. "Estudios sobre autoridad y familia", parte sociosicoanalítica.
- (8) JAY, M. *La imaginación dialéctica*, Taurus, Madrid, 1974.
- (9) MARX, CARL. *Manuscritos economico-filosóficos*. Alianza Editorial, Madrid 1981.
- (10) \_\_\_\_\_. Tesis sobre Feuerbach. En: Engels F. *El final de la filosofía clásica alemana*.
- (11) MARX, CARL Y ENGELS, F. *La ideología alemana*. Pueblos unidos, Montevideo, 1958.